

ODAS SAGRADAS

(ODAS DE SALOMÓN s.I)

Preparación y Comentarios

Por

ROBERTO PLA

Al Hombre Superior, al espíritu del hombre,  
dedico este humilde trabajo.

Que algunos puedan encontrar  
la fuente en sí mismos  
y beber el agua inmortal y bienaventurada  
que les traerá la transformación.

## INTRODUCCIÓN

1. Las odas sagradas o salmos que conocemos con el Título de Odas de Salomón (OdSI), fueron escritas probablemente durante la segunda mitad del siglo I, aunque algunos autores sugieren una datación algo más tardía, que podría llegar a los comienzos del siglo II d.C.

La colección completa consta de 42 composiciones de las que una (oda 2ª) se ha perdido y una (oda 1ª) se conoce en una traducción en copto incluida en la obra Pistis Sophía (sigla C), en un manuscrito del siglo IV, aunque es copia de un original de la segunda mitad del siglo III. Las cuarenta odas restantes nos llegan en dos manuscritos diferentes, extrañamente complementarios, en lengua siríaca. El primero de estos dos manuscritos fue encontrado por J.R. Harris en la región del Tigris (sigla H), y contiene desde la oda 3 (aunque de ésta falta el comienzo), hasta la oda 17,14. Harris lo tradujo en 1909. En cuanto al segundo manuscrito en siríaco (sigla N), fue encontrado en el desierto de Nitria y contiene desde la oda 17,7 hasta el final de la oda 42. Este manuscrito, que data de los siglos IX o X, fue depositado en el Museo Británico y allí lo encontró F.C. Burkitt, en 1912. La colección completa fue dada a conocer por Harris J.R. y Mingana A. en los años 1916-1920.

En el manuscrito de Pistis Sophía se reproducen además de la oda 1ª, las odas 22 y 25 completas, y fragmentariamente las odas 5 y 6. Se conserva también en texto griego la oda 11, en versión algo más extensa que la del manuscrito siríaco, formando parte de un papiro del siglo III, llamado Bodmer XI (sigla G).

2. El título de Odas de Salomón es muy antiguo; el texto griego de la oda 11, que fue encontrado en el papiro Bodmer XI, lleva ya el título de Oda de Salomón. El autor de Pistis Sophía, que menciona cinco odas, las denomina así y también Lactancio, cuando incluye en traducción latina un fragmento de la oda 19.

Por la circunstancia del título parece que algunos autores antiguos estimaban que las OdSI formaban parte de los libros canónicos del AT. De hecho, la esticometría de Nicéforo (PG 100 col. 1057) y la sinopsis de Pseudo Atanasio (PG 28 col. 431 ss) citan las OdSI a continuación de los Salmos de Salomón; pero tanto por la fecha de su composición como por el contenido de las OdSI son obra de autor cristiano, presentada con nombre falso tal como se acostumbraba en muchos casos. Se trata, por tanto, de un escrito pseudoepigráfico que debe formar parte de los textos no canónicos, o

apócrifos del NT., aunque su título sugiere una adscripción veterotestamentaria. Por otra parte, si estas composiciones son denominadas odas y no salmos no es por motivos históricos o formales, sino porque así las llamó la tradición manuscrita, quizás para distinguirlas de los salmos de Salomón.

La colección tiene una gran unidad de lenguaje y de estilo por lo que es casi seguro que las odas fueron escritas por un solo autor cristiano, del que únicamente conocemos los datos que él mismo nos proporciona en sus textos. Es un creyente, dotado por el Espíritu con palabras de sabiduría (1 Cor 12, 8). No se sabe si escribió sus odas en siríaco, o si el original fue escrito en griego. Sus odas constituyen la colección más antigua de himnos cristianos que ha llegado hasta nosotros y transmite muchos y relevantes datos respecto a la fe de los miembros de una comunidad cristiana primitiva, aunque en este caso hay que observar que se trata de un miembro de excepción dotado por la manifestación del Espíritu.

3. Los rasgos semitizantes de las OdSI permiten suponer que estos poemas o himnos hubieran sido compuestos en Siria, o bien que fueran la creación de un judeocristiano perteneciente a una de las corrientes de pensamiento cristiano. Esta última es la opinión que sostuvieron Harris J.R. y Mingana A. Estos autores opinaron y, en esto han sido seguidos por muchos, que las OdSI, además de permitir conocer mejor el medio y el ambiente propios de los escritos joánicos, podían haber inspirado a Juan la composición de su evangelio. De acuerdo con esta opinión, los dos traductores localizaban la corriente del pensamiento del autor de las obras en Efeso, Colosas o lugares próximos. Dentro de esta línea llegó a afirmar A. Harnak que con las OdSI se había descubierto “la cantera de la que se habían tallado los sillares joánicos” (Leipzig 1910-11).

Otros autores creyeron ver en las OdSI el influjo esenio. El autor procedería de la comunidad de Qumran y se habría convertido al cristianismo; otros, pensaron que el origen del autor de las OdSI era pagano-cristiano; Otros, que se trataba de himnos bautismales cristianos, dentro de la tradición de la Iglesia, y otros pensaron en un origen gnóstico. Algunos autores, en fin, han subrayado las semejanzas entre las OdSI y los escritos de Ignacio de Antioquía.

4. La interpretación de las odas presenta tantas dificultades que muchos autores, por no decir todos, han hablado del enigma de estas composiciones.

La mayor dificultad se presenta cuando se quiere dilucidar adecuadamente quién es el personaje en cuya boca se supone que están la mayoría de las odas. A menudo, no queda claro si es Dios o un hombre el que está hablando. Incluso, dentro de una misma oda, no parece verse claro cuándo deja de hablar el personaje humano y toma la palabra la persona divina.

Una de las claves interpretativas para solucionar estos aparentes cambios de personalidad la aventuró el autor R. Abramowski al advertir que se habla de dos hijos: uno de ellos sería el Hijo por excelencia que se encuentra claramente en las fórmulas trinitarias de las odas, y el otro sería el hijo adoptivo, identificable con el aedo. (Cf. Der Christus der Salomooden: ZNW 52, 1936).

Según se nos dice, lo sorprendente de la teología del autor de las OdSI es que las fronteras entre ambos hijos aparecen fluctuantes puesto que hay una consustancialidad fundamental entre ellos que permite que en el caso de la ascensión del alma se realice una identificación unitiva que viene como transformación. También sorprende a muchos autores que el aedo se atribuya acciones y títulos, como el descenso a los infiernos, o la salvación de sus miembros, lo cual confirma a estos autores en la opinión de que hay un fondo gnóstico en el pensamiento del aedo.

La salvación es, sin duda, el tema central de las OdSI, pero a juicio de algunos autores la figura del Salvador cede su peculiaridad y carácter único, lo que hace que la figura histórica de Jesús de Nazaret pierda su importancia. Por otra parte – dice –, el misterio de Dios solo puede ser conocido (según el autor de las odas), por el espíritu del hombre, y la carne queda excluida de tal conocimiento. (Aunque la carne no tiene por sí misma ninguna facultad de conocimiento). Por último, algunos autores cristianos se quejan de que no encuentran la dimensión ética en las odas. Sin duda no estiman estos autores la unidad que es la consumación que busca el aedo, y piensan que ella es posible sin caudales de ética, cuando la unidad es ética y amor en sí misma.

La conclusión que obtiene la crítica teológica es que las OdSI contienen una mezcla poco definida de elementos judeocristianos y de gnosis incipiente. Su influjo lleva a la comunidad cristiana que profesa el aedo (comunidad esotérica y entusiasta), hacia la periferia del cristianismo.

5. No debe sorprender a nadie que las OdsI hayan sido calificadas de enigma, pues muy grandes han de ser las dificultades que se oponen al entendimiento si no se dispone de las dos corrientes de pensamiento, la de Juan y la de Pablo, sobre las que se mueve el autor y, sobre todo, si estas corrientes que conocemos por las epístolas paulinas y los escritos joánicos no han sido comprendidas en el mismo grado de realización interior directa al que llegó el autor de las odas.

La cuestión de las posibles relaciones entre el aedo y Juan, o al menos la existencia de una inspiración mutua, parece bastante evidente. Esta fue la opinión de R. Bultman, muy secundada por varios, entre ellos A. Harnack, y también la de Charlesworth J.H. Estos autores notaron las semejanzas de lenguaje en el uso de palabras como luz, verdad, vida, conocimiento, amor, fe, agua viva, camino, espíritu, palabra, frutos, etc..., y opinaron que el carácter soteriológico de las odas permite suponer que ambos hagiógrafos dependen de un mismo entorno religioso.

Pero a la coincidencia soteriológica que estos autores señalan, hay que agregar la identificación cristológica ya que la concepción teológica del Cristo preexistente, el Hijo único y eterno, explicada por Juan en el prólogo de su evangelio coincide plenamente con el Señor Mesías, Hijo de Dios, del que habla el aedo. Por el cumplimiento de la encarnación del Hijo único, de la Palabra, que pone su Morada en nosotros, es posible a quienes le conocen y reciben hacerse hijos de Dios. Esta es la obra espiritual de transformación que el autor de las odas consume en sí mismo, hasta que al fin se identifica en espíritu con el Hijo único. Tal como hiciera Jesús con el Hijo único de David, el aedo no lo explica como hijo, sino como Señor suyo. (Sal 110, 1; Mt 22, 44; Hch 2, 34).

Lo que hay que entender es que el hecho de que el Hijo único de Dios estuviera en David como Señor suyo, no merma en nada la figura teológica de Jesús de Nazaret, pues él es, por identidad, uno con el Padre como Hijo único de Dios, el cual fue, es y será siempre el Señor, como alfa y omega que Mora en cada hombre. Cuando el aedo habla del Señor, del Salvador, (Jesús) o de la Palabra, se refiere en todos los casos a Jesucristo, pues es El mismo, el Señor Mesías y uno con el Padre.

Todo eso es lo que Juan explica no solo en el prólogo, sino en todo su evangelio en unidad cristológica radical con el pensamiento del aedo. Por otra parte, cuando se comprende a Cristo como el Camino, la Verdad y la

Vida no cabe establecer una diferencia entre lo soteriológico y lo cristológico, porque Cristo es en sí mismo la salvación, o bien, la salvación es Cristo.

6. En lo que respecta a las corrientes de pensamiento que confluyen en el autor de las odas, cuesta trabajo admitir que ninguno de los teólogos que han estudiado las OdSI se hayan percatado de que las enseñanzas del Apóstol forman la base y núcleo de toda la concepción religiosa del aedo. La identificación de la fe del aedo con las doctrinas que emanan del pensamiento paulino es tan estrecha, tan completa, que solo con conocer las epístolas del Apóstol se dispone de material abundante para entender las odas y desentrañar su fantasmal enigma.

No hay enigma en las odas, sino aplicación recta de las formulaciones de Pablo; a veces con sus mismas imágenes y palabras. Esto lo hemos demostrado de manera amplia, completa, en nuestras impresiones adosadas a cada una de las odas y por eso no insistimos ahora en ello. Pero algo puede ser dicho: El Cristo Kyrios, -el Señor Mesías-, tiene en sus manos el gobierno del mundo, porque está por encima de todas las fuerzas; y no solo domina estas fuerzas a título de Hijo, Imagen del Padre, sino como Cabeza de todo, puesto que El es la plenitud del Ser, de Dios. Los que siguen el Camino de Cristo, que es Cristo, se liberan de los elementos del mundo, y eso es la salvación, por su unión perfecta con la Cabeza, y por su participación consiguiente en la plenitud. Unidos por su inmersión (bautismal, no solo de agua, sino de Espíritu) en Cristo, el cual es la plenitud del Ser, y al que los cristianos resucitan en sí mismos, hasta que es Cristo quien vive en ellos (c f. Gál 2, 20), los que siguen en el Camino se autorreconocen como miembros de Su Cuerpo espiritual, y entonces, de su Cabeza vivificante reciben la Vida inmortal.

Esta es la salvación cristiana, según el Señor Mesías, que Pablo explicaba como transformación y que el aedo busca, canta y consume al fin. Por eso insiste en sus odas en revestirse del Señor como Cabeza, pues El es la plenitud que lo llena Todo en Todo. En cuanto al hijo de la sierva, el hijo de Dios, es el Hombre Nuevo, el nacido del Espíritu, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad. (Ef. 4,24)

7. Lo más destacado de las OdSI, además de su indudable importancia teológica, es que el autor describe una experiencia verdadera, vivida, directa, personal. Cada una de las odas es una meditación discursiva profunda, durante la cual

la conciencia del aedo se remonta a lo más alto de si misma, con el propósito de alcanzar un punto de contemplación de un estado superior.

No se explica si esa meditación, que el autor califica de alabanza, es cantada o solo recitada; tampoco consta si el texto de la oda es de alabanza, o si esta, la alabanza, se desarrolla sin palabras.

En tal caso, el texto de la oda sería la transcripción de la sucesión de estados interiores movidos o despertados por la alabanza pura.

Lo que parece muy claro es que la recitación de la alabanza, tal vez un cántico rítmico persistente, tiene su respuesta en la sensibilidad del aedo. Los miembros corporales, a partir de lo que él llama el corazón y que es el depósito del amor de Dios, impulsan una ascensión de la conciencia; el amor de Dios se levanta desde el corazón a la boca y luego salta a los labios y rebosa. Dice el aedo que estos son los labios del corazón y con ello intenta explicar que todo eso es una geografía interior, un itinerario de orden psíquico que lleva a un exceso de la mente.

Pero el aedo delimita el camino de su salmodiar y declara que el último peldaño de esa escala es siempre la cabeza, en la que como una corona se instala para siempre la presencia del Señor que le deja su paz y le llena de alegría como si le invadieran torrentes de agua viva.

Menciona también el aedo la práctica de la extensión de sus manos, un procedimiento técnico que apenas explica. Puede pensarse que por su extensión en los órganos de los sentidos la percepción exterior es enmudecida hasta tal punto que un solo sentido interior, superior, fundado en el conocimiento, queda abierto, expectante, para recibir la presencia invisible del Señor. Mientras tanto, los miembros corporales se hacen uno solo, convertidos en un leño colgado, verticalmente en su interior, como un árbol sin raíces, por el cual asciende paso a paso su conciencia, y por eso le llama el camino del justo.

A la par con este proceso ascensional, vive el aedo una transformación que la lleva desde su conciencia natural de alma viviente, al estado superior de Hombre Nuevo, el adán espíritu que da vida, del que habló el Apóstol, como

hombre segundo, el que viene cuando el hombre natural ha sido remontado. Este Hombre Nuevo, es el que en el cuarto evangelio se explica como el nacido de lo alto, es decir, el Hombre Superior, no mortal, etéreo y luminosamente sabio y lleno de gracia y amor. Este Hombre Superior, ¡bendito sea!, es uno mismo, pero solo hasta cierto punto, porque él solo aparece cuando la conciencia natural ha desechado gran parte del lastre que creía ser, merced a ese trabajo de negación de sí mismo y portación mansa y voluntaria de la cruz que Jesús, el Cristo Señor, encomendó a todos los que quisieran seguir sus pasos. La conciencia natural y la conciencia superior conocen la mutación de una en otra cuando es propiciada por la ascensión transitoria del alma y son estas mutaciones las que fueron descritas como enigmas por los autores teólogos que las denuncian como oscuridad narrativa, pues no ven claro cómo en el curso de una oda ascensional puede ocurrir que deje de recitar el personaje natural, - humano - , y tome la palabra, a través del amor del corazón y de la boca, y los labios del cantor, el Hombre Superior, de origen celeste.

8. Por no haber sido conocida hasta hace muy pocos años esta asombrosa colección de Odas Sagradas (piénsese que fue en 1920 cuando se hizo la publicación completa de esta obra), y también por las dificultades que los críticos encontraron para explicar su teología, o incluso, para descifrar las composiciones, es muy escasa la difusión que las OdsI han conseguido, hasta el punto de que se puede decir que con excepción de unos pocos especialistas teólogos o filólogos en su mayoría, apenas son aún hoy conocidas por nuestra cultura.

Sin embargo la colección de odas reúne dos altas cualidades que le señalan como una obra excepcional. Su valor religioso es único y no solo por su antigüedad de cristianismo recién nacido, aún sin nombre, en las epístolas paulinas, sino porque no hay ninguna otra obra cristiana en la que su autor viva en acción directa, en sí mismo, la teología en la que cree y que practica, al tiempo que todo eso lo describe en sus páginas. La diferencia es esta: El Apóstol revela en sus palabras un Misterio: Todos seremos transformados (1Cor 15, 51), y sus palabras son de sabiduría puesto que el Apóstol fué transformado y ahora dice lo que sabe y lo que es; pero el autor de las odas cuenta de forma detallada, interior, a lo largo de 42 odas su experiencia de transformación, paso a paso, por el mismo orden y sucesos en que esa transformación se produce. De paso y por añadidura, describe el autor la técnica que emplea para facilitar esos procesos ascensionales que llevan a la transformación.

Claro que el relato del aedo está hecho en pura poesía, repleta de sugerencias, de explicaciones entre niebla, de figuras veladas que el estudioso debe entender en principio, para luego vivirlas y realizarlas en sí mismo, pues detrás de la densa nube estaba Dios (Ex 20, 21).

La poesía es la otra cualidad que hace excepcional la colección de odas. El aedo se interna por las corrientes de la Belleza en donde todo lo grandioso debe ser sugerido para que la intuición del que lo recibe traduzca sin reducirla al intelecto infiel el agua luminosa que se le entrega. Creo que esa es la única manera superior de contar lo indecible. Como era necesario respetarla debo decir que nadie espere encontrar en mis modestos comentarios adosados a las odas una caída en la demostración de un filo único, sino sólo unos apoyos para andar no totalmente a ciegas, sobre los innumerables rayos de luz descubridora que las odas ponen en movimiento.

9. Creo que no hay otra traducción en español de la colección completa de las Odas de Salomón que la llevada a cabo por A. Peral y X. Alegre (Apócrifos del AT., III. Ediciones cristiandad. Madrid 1952). A esta traducción y a sus notas críticas me he acogido como comentador que desconoce el siríaco. Me es grato reconocer la excelencia de la traducción de estos autores. Los únicos cambios, mínimos, que me he permitido han sido los de seleccionar los términos entre las diversas opciones que los traductores ofrecen en muchos casos y discriminar algunas objeciones de índole estilístico, para pulir en lo posible la prestación poética.

Agradezco la existencia de esta traducción que me permitió conocer y estudiar la abundancia de belleza y sabiduría que las odas poseen y derraman sobre quien las estudia. Por último pido perdón de antemano por haber elaborado un pequeño marco de notas y sugerencias que ayuden a desentrañar para muchos el hasta ahora aparente enigma de estas hermosas composiciones que yo, muy lejos de la antigua costumbre pseudoepigráfica, denomino: Odas Sagradas.

Roberto Pla

## LAS ODAS SAGRADAS

1. El Señor está en mi cabeza como una corona  
y no permaneceré fuera de El.
2. Trenzada está para mí la corona de la verdad  
y por ella florecen tus ramas en mí;
3. porque no es una corona seca,  
que no germina
4. sino que tu vives por ella en mi cabeza  
y floreces en mí.
5. Tus frutos son perfectos,  
con la plenitud de tu salvación.  
Aleluya

## LA CORONA

El salmista ya habló de la corona: Has puesto en tu cabeza corona de oro fino (Sal 21,4), y muchos después, como el aedo, conocieron la corona en otros o en sí mismos. Algunos cristianos de los primeros tiempos fueron reproducidos con corona en las catacumbas, y los artistas que luego pintaron santos no dejaron ya de consignarla, aunque muchos sin saber lo que pintaban.

Nuestro aedo practica el arte de cantar alabanzas al Señor; él canta porque su amor es el Señor y del Señor se alimenta su corazón. Luego, con los cánticos, sube ese amor hasta su boca, y los labios entregan los frutos de alabanza. Por último, recibe en su cabeza la corona de gloria que no se marchita (1Pe 5,4).

El cantor no ve la corona, pero percibe su presencia viva y conoce las pequeñas ramas de salvación que en ella florecen; por eso quiere no olvidarla, no apartarse de ella, para no ser despojado, como Job: Ha arrancado la corona de mi frente (Jb 19,9).

Lo que el aedo quiere es ser siempre la corona, quedarse en ella, sin retorno, porque entiende la corona como el sello de su plenitud. Que por eso fue dicho: Mantente fiel hasta la muerte y te daré la corona de la Vida (Ap 2,10).

1. Del Señor voy a revestirme  
y mis miembros junto a El están.
2. En ellos me apoyo  
y El me quiere.
3. Yo no hubiera sabido amar al Señor,  
si El no me hubiese amado.
4. Pues, ¿Quién puede comprender el amor  
sino el que es amado?.
5. Yo quiero al amado, mi alma lo ama  
y donde está su descanso también estoy yo.
6. No seré para El un extraño,  
porque no hay envidia, sino misericordia, en el Señor Altísimo.
7. Soy uno con El, porque el amante ha encontrado al amado  
y puesto que al Hijo amo, en Hijo me convertiré.
8. El que se une al que no muere,  
será inmortal.
9. Y el que se complace en la Vida,  
viviente será.
10. Este es el Espíritu del Señor, sin engaño,  
que instruye a los hombres para que conozcan sus caminos.
11. Sed sabios, tened cocimiento  
y velad.  
Aleluya

3,1 Del Señor. Falta el principio de la Oda, sin que sea posible saber la extensión de lo que falta. A lo que parece, el aedo sigue a Pablo, que aconsejaba: Revestíos del Señor (Rm 13, 14).

mis miembros. Aunque el texto dice sus miembros, sigo el copista del ms.H que corrige y escribe mis miembros.

7 Soy uno. Lit. “mezclado”, que significa metafóricamente unir.

REVESTIRSE ( 1)

El aedo se reviste del Señor para ser uno con El, y de antemano ya están junto al Señor los miembros (2) de su cuerpo en los que se apoya para alcanzar la unión.

Si el corazón ama es porque está allí el amor del Señor que le enseñó a amar y le dió el amor que ahora tiene; y si el amor del Señor y el suyo son uno y el mismo en el descanso de un solo reposo, ¿cómo podrá ser él un extraño para el Señor cuando todo sea amor?.

Los otros miembros, la boca, los labios y hasta la lengua que se hace dulce al cantar, están junto al Señor, porque todos los miembros son ungidos por los cánticos. En cuanto a la cabeza, que es donde al fin se instala la corona como una señal de vida eterna, ya fue dicho: La cabeza de todo hombre es Cristo (1 Cor 11, 3).

El cantor se complace en la Vida, y esa complacencia le convierte en viviente inmortal, porque el Espíritu del Señor le auxilia en los caminos de la Verdad, de igual modo que instruye a todo hombre que a cualquier hora de sí mismo saber permanecer en vela, atento, despierto. Jesús lo anuncio, según el evangelio: Lo que a vosotros digo, a todos lo digo : ¡Velad! (Mc 13, 37).

- 
- (1) Revestirse es término de ascendencia paulina que explica la voluntad de adquirir una condición o cualidad para la transformación de unidad en aquello. De las diez veces que aparece este término en el N.T., ocho veces viene en las epístolas del Apóstol. El aedo, buen seguidor de Pablo, lo emplea diez veces, con sentidos idénticos casi siempre.
- (2) Miembros. El aedo hace uso con soltura del Símil del cuerpo explicado por Pablo, en el doble sentido que permite el apólogo. Por un lado ve la identificación de todos los cristianos con el Mesías hasta el punto de no formar más que un solo Cuerpo, invisible, sutil, inmaterial en Cristo; por otro lado ve que todos los miembros de su cuerpo son uno solo en la unidad de estar junto al Señor. De estos habla ahora. (Df. 1Cor 12, 12;6, 15).

1. Nadie podrá cambiar tu Lugar Santo, oh Dios mío,  
nadie lo transferirá y lo pondrá en otro sitio.
2. Nadie tiene poder para eso,  
pues tú pensaste tu Santuario antes de hacer los lugares
3. y el más antiguo no va a ser cambiado  
por los que son inferiores a él.
4. Tu diste tu corazón, oh Señor, a los que creen en tí  
y nunca estarás ocioso, nunca permanecerás sin frutos.
5. Pues una hora de fe en tí  
vale más que todos los días y años.
6. ¿Quién que se revista de tu gracia  
será rechazado?
7. Porque tu sello es conocido  
y él conoce a tus criaturas;
8. tus ejércitos lo poseen  
y tus arcángeles elegidos se revisten de él.
9. Nos diste la unión contigo,  
no porque tienes necesidad de nosotros,  
sino porque nosotros te necesitamos a ti.
10. Derrama sobre nosotros tu rocío  
y abre tus fuentes abundosas que manan leche y miel.
11. No te arrepentirás de lo que has prometido,  
pues en ti no hay arrepentimiento.
12. La finalidad, te era manifiesta;
13. Lo que has dado, graciosamente lo diste  
y ya no lo vas a quitar o tomar.
14. Todo te era manifiesto en cuanto Dios  
y estaba establecido ante ti desde el principio;
15. Pues tú, Señor, lo has hecho todo.  
Aleluya.

---

4,2 pensaste. Otros: "proyectaste".

3 inferiores. Otros: "posteriores".

5 vale más que. Otros: "es preferible a".

9 la unión. Lit. "Comunión".

## EL LUGAR SANTO

Inundado está de alegría el corazón del aedo, porque sabe que no habita el Señor en los santuarios fabricados por manos de hombre (Hch 17,24), sino en el interior de quien lo busca cimentado en el amor (Ef 3,17). Lo más hermoso de este encuentro es que el Lugar Santo no lo pensó el Señor como alojamiento transferible a otros lugares, pues el huésped sagrado se instaló allí, como compañero eterno de quien le ama, mucho antes de ser levantado por la fe, y estará en su sitio más allá de este pequeño vivir nuestro.

No dice el aedo dónde está el Lugar Santo, pero se puede colegir que el corazón del Señor, hecho de Espíritu de sí mismo y entregado luego a los hombres como arras de su Promesa, está en la cabeza, es decir, en el entendimiento puro, pues es inmaterial. Y como dice el evangelista Mateo para incitar a todos a la investigación y a fortalecerse en la fe: el que lea que lo entienda (Mt 24,15).

El aedo es un recién revestido de la gracia, el alimento que viene del sello. De donde directamente viene el alimento es del Hijo del hombre, a quien el Padre ha marcado con su sello (Jn 6,27), y El, a su vez, marca a quienes le aman con su sello vivo (2 Cor 1,22), sello que no es otra cosa que la señal del recién-nacido de Espíritu, de quien hablaron Isaías (Is 7,24) y también Juan (Jn 3,5), y que poseen en propiedad todas las huestes de ángeles elegidos.

Los magos de Oriente vieron esa señal. Era una estrella que les precedía y que se detuvo sobre la cabeza del Hijo de Dios (Mt 2,9). Desde entonces se sabe que la estrella es el sello con el que son marcados en la frente los siervos de Dios (Ap 7,3).

Los que adoran la estrella que ellos ven brillar en su frente como signo y sello de Dios vivo; los que se prosternan ante la estrella, son conocidos por Dios como herederos de la Promesa y se unen con El para siempre.

Pide el aedo a Dios que no deje de derramar sobre todos los marcados con su sello, el alimento de sabiduría, - saber rehusar lo malo y elegir lo mejor, - que como propio para recién nacidos a la vida del Espíritu, y el aedo es eso, un recién nacido de arriba, no puede sobrepasar el límite fijado por la gracia para un infante: leche y miel (Cf Is 7,15), para abrir camino hacia la redención.

---

1. Te alabo, oh Señor,  
porque te amo.
2. No me abandones, oh Altísimo,  
porque tú eres mi esperanza.
3. Gratuitamente recibí tu gracia  
y por ella viviré.
4. Vendrán mis perseguidores  
y no me verán;
5. Una nube caerá sobre sus ojos,  
un vapor los oscurecerá.
6. No tendrán luz para ver,  
no podrán aprisionarme.
7. Sin fuerza quedará su pensamiento  
y lo que traman se volverá contra ellos.
8. Decidieron un plan  
y fueron vencidos;
9. se prepararon con maldad  
y se encontraron vacíos.
10. En el Señor está mi esperanza  
y no temeré
11. El Señor es mi salvación  
y no temblaré.
12. El es como una corona sobre mi cabeza  
y no seré conmovido.
13. Aunque todo se conmueva,  
yo permaneceré firme;
14. Aunque perezca todo lo visible,  
yo no moriré;
15. porque el Señor está conmigo  
y yo con El.  
Aleluya

---

5,1 Te amo. C traduce: “pues tu eres mi Dios”

2 Altísimo. C traduce: “Señor”

7 Sin fuerza. Otros: “embotados”. pensamiento.

Otros: “pensamientos”. Contra ellos. Lit: “Sobre sus cabezas”.

DE ACCIÓN DE GRACIAS

Alaba al aedo al Altísimo porque le ama, porque tiene puesta en El su esperanza y porque de Él recibió ya la gracia para alcanzar la Vida eterna.

Los perseguidores de los que habla el aedo (vv 4-9) son fiel paralelo de los enemigos que aparecen en muchos salmos de lamentación del salterio. Tales perseguidores no son otra cosa que la expresión en metáfora de las pasiones y pensamientos impuros que a veces pugnan por imponerse en la conciencia del salmista y son obstáculo para su consumación.

Para la obra de salvación que ha de realizar y que consiste en dejar vacías de sentido sus propias creaciones, ha puesto el aedo toda su esperanza en el Señor. Desde su Santuario interior, alzado como una corona sobre su cabeza, le ayuda el Señor con su voz silenciosa a ganar los combates sin experimentar conmoción alguna.

El amor del aedo hacia su Señor es tan fuerte que su pensamiento ya no se aparta de Él. La estrella del Señor es conocida por él y ella le conoce también y brilla en su frente sin cesar. Por eso dice el aedo: no solo es que el Señor está conmigo, pues siempre estuvo sin que yo lo supiera, sino que ahora yo estoy con El, y como dice el Apóstol. Vivo, pero no yo sino que es Cristo quien vive en mí. (Gal 2,20).

---

1. Como el viento se desliza por la cítara  
y las cuerdas hablan.
  2. así el Espíritu del Señor habla por sus miembros  
y yo hablo por su amor.
  3. Aniquila lo que es extraño  
y todo será del Señor.
  4. Así fue desde el principio  
y así será hasta el final,
  5. pues nada se le opone,  
nada se levanta frente a él.
  6. El conocimiento del Señor crece  
para que sean conocidas las cosas que se nos dan por su gracia.
  7. Nos dio poder para alabar su nombre  
y nuestro espíritu alaba a su Espíritu Santo.
  8. Salió un arroyo que se convirtió en un río grande y ancho,  
que lo inundó y arrastró todo y llegó hasta el Templo.
  9. No pudieron impedirlo los obstáculos de los hombres,  
ni los artificios que detienen el agua.
  10. Vino a la superficie de la tierra  
y lo llenó todo.
  11. Bebieron los sedientos de la Tierra  
y su sed fue extinguida.
  12. Por el Altísimo, en verdad,  
ha sido dada la bebida.
  13. Bienaventurados son los ministros de esa bebida  
pues a ellos fue confiada el agua.
  14. Calmaron los labios resecos  
y levantaron la voluntad paralizada.
  15. Los que desfallecían  
fueron arrancados de la muerte.
  16. Los miembros que estaban caídos  
fueron corregidos y enderezados.
  17. Tomaron fuerza para su Venida  
y Luz para sus ojos.
  18. Porque todo hombre que los reconoce en el Señor  
vive por el agua viva para siempre.  
Aleluya
-

---

6, 1 viento, conjetural por estar casi borrada la palabra. Otros: “mano”.

8 y llegó hasta el Templo. Otros traducen: y se llevó el Templo.

14 Calmaron. Otros: refrescaron.

17 fuerza. Otros traducen: confianza

6

### DEL QUE LO LLENA TODO EN TODO (EF 1, 23)

No es el aedo el que vive, sino el Espíritu del Señor quien vive en él; y de la misma manera que las cuerdas de la cítara hablan a veces pulsadas por el viento y no por la mano, así también alaban los miembros del aedo no por si mismos, sino por el amor que el Señor les entregó para amar, pues quien ama es solo el Señor.

Al conocer en verdad contempla el aedo cómo se aniquila lo que no es el Señor y comprueba con firmeza que todo es el Señor y nada lo extraño, según fue dicho: Cristo es todo y en todos (Col 3,11).

Esto fue así desde el principio y lo que fue creado de la nada lo aniquila el conocimiento del Señor a medida que crece, pues tal es el plan de Dios. Al final nada se levantará frente al Señor, nada habrá que se le oponga, pues se cumplirá lo que estaba decretado: Que Dios sea todo en todos (1Cor 15,28). Aún el espíritu que decimos nuestro y que le alaba, lo dio el Espíritu del Señor a los hombres en arras para que le alabaran, y es el conocimiento que viene de la alabanza lo que permite al espíritu conocer su fuente verdadera en el Señor.

Por eso dice el aedo que el conocimiento del Señor es un río grande y ancho que inundará y arrastrará todo lo que no es el Señor. La Tierra estará entonces, al final de los tiempos, llena del conocimiento de la gloria del Señor (Hab 2,14), y todos los

sedientos de conocimiento encontrarán agua fluente para extinguir su sed (Jn 4,14<sup>a</sup>).

Importa saber que el agua viene siempre del Santuario (Ez 47,12) y que el ministro de esta bebida es solo nuestro espíritu el cual la recibe del Espíritu, tal como lo enseñó el Apóstol: El Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (Rm 8,16).

Por eso se dice que son bienaventurados los ministros de esa bebida. A ellos es confiada el agua para calmar los labios que buscan conocimiento, y para levantar en todos la voluntad de buscarlo y enderezar los miembros de los que buscan. Y todos los que beben son arrancados de la muerte, porque al ser agua que viene del Santuario es agua que brota para vida eterna (Jn 4, 14 d).

La finalidad del agua es que el hombre reconozca al Señor por el brillo del sello del Señor que reverbera en su frente. Porque el agua del conocimiento es agua viva para siempre, además de ser Luz para los ojos y fuerza para su Venida.

---

1. Como el ímpetu de la cólera contra la maldad,  
así es el impulso de la alegría hacia el amado,  
que produce con facilidad sus frutos.
2. Mi alegría es el Señor y mi impulso va hacia El  
en este hermoso camino mío.
3. Tengo quien me auxilia para ir al Señor:  
El se me dio a conocer con liberalidad en su sencillez,  
porque su bondad es tal que empequeñeció su grandeza.
4. Se hizo como yo, para que lo recibiera,  
semejante a mí para que de El pudiera revestirme.
5. No me conmoví cuando lo ví,  
porque El tuvo de mi misericordia.
6. Se hizo de mi naturaleza, para que lo comprendiera  
y de mi figura, para que no me apartara de El.
7. El Padre del conocimiento  
es la Palabra del conocimiento.
8. El que ha creado la sabiduría  
es más sabio que sus obras.
9. Y El, que me ha creado, cuando aún yo no existía  
ya sabía lo que yo iba a hacer cuando existiera.
10. Por eso tuvo piedad de mí en su gran misericordia  
y me permitió pedir y recibir el don de su sacrificio.
11. Porque el Padre incorruptible de los mundos  
y de su perfección,
12. concede que El se manifieste a los que son suyos  
para que puedan reconocer al que los hizo  
y no piensen que provienen de sí mismos.
13. Ha dispuesto un camino hacia el conocimiento  
y lo ensanchó, prolongó y llevó a su perfección.
14. Puso sobre él las huellas de su Luz  
y anduvo por él desde el principio hasta el final.
15. Por El fue servido  
y permanece complacido en el Hijo.
16. Pues por la salvación de sus santos lo poseerá todo  
y será reconocido el Altísimo.
17. Por El anuncia buenas nuevas a los que cantan la Venida del Señor,  
para que salgan a su encuentro y le canten en la alegría,  
con la cítara de muchas modulaciones.

18. Los videntes vayan delante de El  
y se muestren ante El.
19. Alaben al Señor en su amor  
porque El está próximo y ve.
20. Así será aniquilado el odio de la Tierra,  
se hundirá con la envidia.
21. Desaparecerá de la Tierra la ignorancia,  
pues a ella llegará el conocimiento del Señor.
22. Los aedos cantarán la gracia del Señor Altísimo  
y ofrecerán sus cánticos.
23. Como el día, así será su corazón  
y como la grandeza de la hermosura del Señor,  
así serán agradables sus cantos.
24. Y no habrá ningún alma  
ignorante o sin voz,
25. pues El dió una boca a sus criaturas  
para alzar la voz hasta El y alabarle.
26. Confesad su poder  
y mostrad su gracia.
27. Aleluya.

- 
- 7,1 con facilidad. Otros: sin impedimento.  
3 quien me auxilia. Lit. ayudante, auxiliador.  
7 conocimiento. Otros: ciencia.  
15 servido. Otros: recibió culto.  
24 sin voz. Otros: muda.  
26 confesad. Otros: reconoced

## EL NACIDO DEL ESPIRITU

Produce más frutos el aedo, con el impulso de la alegría hacia el amado, desde que fue marcado en la frente con la estrella y sello de los siervos de Dios. Aquello fue la revelación de que su alma purificada, virginal, había recibido en sus seno, en el puro centro del entendimiento y de la fe, en el Lugar Santo, al nacido de arriba (Jn 3, 3). Desde entonces, el Espíritu del Señor está con él y le unge cada día (Is 61, 1) con el agua de su río santo que derrama sobre él el conocimiento para la vida eterna.

Había dicho el Apóstol, -y esto hay que contemplarlo para entenderlo en su sentido total,- que el primer hombre, (el hombre natural que la conciencia conoce normalmente), es alma viviente, alma mortal que hace uso temporal de la vida. Pero este hombre primero que luego será último, tiene como obra capital de sus días alumbrar un hombre segundo, -último que será primero,- que es espíritu que da vida, esto es, que tiene la vida eterna en propiedad porque es espíritu nacido del Espíritu, y por cuya vida vive el alma a préstamo (Cf.1 Cor 15, 45).

El hombre nacido del Espíritu, que puede ser descrito como la esencia del alma purificada cuando la conciencia vive, existe y se mueve en esa esencia, es en sus primeros pasos de recién nacido, el auxiliador del que habla ahora el aedo, como guía, camino y fuente para ir al Señor (Altísimo). Sólo así será posible esclarecer el misterio que el Apóstol reveló: Todos seremos transformados (1 Cor 15, 50-51).

Un verdadero misterio es, como transformación de uno mismo en verdad, el hombre venido del Espíritu, el cual cuando nace en uno mismo y llega a ser uno con uno mismo, es el Hombre Superior. La conciencia purificada recibe a este hombre nuevo y eterno como sierva humilde, pues se siente magnificada y se inunda con la alegría que le transmite el nuevo nacido, su salvador.

Este Espíritu lo explicó Isaías, cuando se posó sobre él para ungrle, como espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia y temor de Dios (Is 11, 1-2). Y todo eso lo recibe en verdad el alma como un torrente, pero grano a grano, pues es semilla que crece sola y que transforma sin más toda alma viviente que consigue estabilizarse en la contemplación humilde de la estrella que empieza a relumbrar en su frente. Por su parte, el hombre Superior progresa así en Sabiduría, en estatura espiritual y en gracia, y no solo ante Dios con cuyo Espíritu se une, sino

también ante el hombre, ante el alma viviente bienaventurada, que le dio nacimiento desde arriba y le abrió camino hasta su conciencia individual mundana.

De todo eso habla el aedo en esta Oda, y hay que preguntarse si en alguna ocasión vio el aedo al hombre Superior, interior, cercano al puro sí mismo, con forma tomada eventualmente para que su conciencia se fortaleciera en la fe y su memoria se estabilizara en el incendio sostenido del amor del Señor.

Las explicaciones que canta el aedo coinciden en gran medida, como es fácil comprobar, con el texto del himno antiguo que transcribe el Apóstol en su epístola a los filipenses (Flp 2, 6-11).

Del Apóstol es sabido que no vio a Jesús en vida terrena, sino en vida eterna, después de su resurrección y subida al Padre, esto es, tras la efusión del Espíritu en su espíritu. La primera visita, en el camino, cerca de Damasco, fue en Luz y voz, pero entonces quedó Saulo sin ver nada y es seguro que después empequeñeció Cristo su grandeza para que los ojos recién abiertos, aún imperfectos, de Pablo, pudieran verle, pero no en condición divina, sino como si Cristo fuera semejante a él, es decir, de su figura, de su naturaleza, aunque etérico, invisible para todos menos para los ojos de Pablo. Y si se hizo Cristo como él fue para que El pudiera revestirse, como así lo hizo el Apóstol más tarde según recomendó a todos: Revestíos del Señor ( Rm 13, 14).

Canta el aedo la naturaleza eterna, preexistente, del nacido del Espíritu, del que se reviste para ser El mismo en unión perfecta y reconoce el don que le entrega el ungido con su sacrificio, que consiste en que vive en él, pero crucificado. Glorifica por eso el aedo al Padre que concede que El se manifieste a los que son suyos y que señale con huellas de su Luz los caminos del conocimiento.

Termina el aedo su Oda con la confesión del poder del Señor y la señal de su gracia. De igual modo pide al final de su himno el Apóstol que toda rodilla se doble y toda lengua confiese.

---

1. Ábranse vuestros corazones al júbilo del Señor  
y rebose vuestro amor desde el corazón hasta los labios,
2. para traer al Señor los frutos de una vida santa  
y para hablar con prudencia en su luz.
3. Alzaos, poneos en pie  
los que estabais humillados.
4. Hablad los que estabais en silencio  
porque vuestra boca ha sido abierta.
5. Levantaos los que erais despreciados,  
porque vuestra justicia ha sido exaltada.
6. La diestra del Señor está con vosotros  
y El es vuestro auxiliador.
7. El os preparó la paz  
antes de que librarais vuestra batalla.
8. Oid la Palabra de la verdad,  
recibid la ciencia del Altísimo.
9. Vuestra carne no podría entender lo que voy a deciros,  
ni vuestro vestido lo que voy a mostraros.
10. Guardad mi misterio los que estáis guardados por él,  
conservad mi fe los que estáis conservados por ella.
11. Conoced mi ciencia los que me conocéis en la verdad,  
amadme intensamente los que amáis.
12. No aparto mi faz de los míos,  
porque los conozco;
13. Cuando aún no existían yo ya los conocí  
y en su rostro puse un sello.
14. Formé sus miembros y les ofrecí mis pechos,  
para que beban mi leche santa y vivan por ella.
15. Me he complacido en ellos  
y no me avergüenzo de ellos ahora.
16. Ellos son mi obra  
y la fuerza de mis pensamientos.
17. ¿Quién se levantará contra mi obra?  
¿Quién no estará sujeto a mis pensamientos?
18. Yo quise y formé la inteligencia y el corazón  
y a mi diestra coloqué a mis elegidos,  
porque son míos.

19. Delante de ellos va mi justicia  
y no serán privados de mi nombre,  
porque con ellos está.
20. Pedid y creced;  
permaneced en el amor del Señor,
21. amados en el amado,  
guardados en el viviente,  
salvados en aquél que está a salvo.
22. Así seréis hallados incorruptibles por toda la eternidad,  
en el nombre de vuestro Padre.  
Aleluya.
- 

- 8,2 prudencia. Lit. vigilancia  
6 auxiliador. Otros: auxilio.  
9 podría entender. Lit. entenderá, podrá entender  
14 formé. Otros: Preparé  
20 creced. Otros: Abundantemente  
21 que está a salvo. Otros: que ha sido salvado.  
22 por toda la eternidad. Otros: por todos los siglos.
-

## LA CIENCIA DEL ALTÍSIMO

Quiere el aedo que se abran a la alegría viva del Señor todos los corazones para que rebose el amor desde ellos hasta los labios, pues ese es el camino que sigue el amor cuando asciende impulsado por la alabanza hasta convertirse en fruto.

Dirige el aedo sus cánticos a los que han reconocido al Señor a la diestra del Señor Altísimo, y lo han recibido como auxiliador de su alma. La boca de esos bienaventurados está abierta ya para expresar la verdad que reciben de la Palabra, pues en ellos, puestos ya en pie, alzados sobre sí mismos, habita la justicia, que es la diestra de Dios, y brota la paz, preparada para ellos por el Señor. Por eso dijo el salmista que de los cielos se asomará la Justicia, y sobre las huellas de sus pasos brotará la Paz como cosecha de la tierra (Cf Sal 85, 14).

Explica después el aedo a todos los que le escuchan que la Palabra de la verdad, la ciencia del Altísimo, sólo puede ser entendida cuando la conciencia ha aprendido a escapar de sus prisiones de forma y lenguaje.

Un misterio es el hombre nacido de arriba, pero ese es justo el misterio que nos guarda cuando lo guardamos, como la fe conserva a los que la tienen. El misterio es el rostro que nos conoce y coloca su sello en el rostro nuestro. Nuestros miembros reciben entonces el maná santo, el dulce y suave alimento de leche y miel que viene como rocío de los pechos del Padre y nos da la vida eterna.

---

1. Abrid vuestros oídos  
y os hablaré.
2. Dadme vuestra alma  
y os daré la mía.
3. La Palabra del Señor y su designio,  
son el pensamiento santo que pensó sobre el Mesías.
4. Por la voluntad del Señor nuestra vida existe.  
Su pensamiento es la vida eterna  
y nuestro fin es lo incorruptible.
5. Enriqueceos en Dios Padre.  
Aceptad el designio del Altísimo;  
fortaleceos y sed salvos por su gracia.
6. Os anuncio la paz a vosotros, sus santos;  
los que oís no caeréis en el combate.
7. Los que le conozcan no perecerán,  
los que le reciban no se verán confundidos.
8. Una corona eterna es la verdad;  
bienaventurados los que la ponen en su cabeza.
9. Es una piedra preciosa  
y ha habido combates por esta corona.
10. La justicia la ha tomado  
y os la da.
11. Poned la corona en el pacto verdadero con el Señor  
y todos los que venzan serán inscritos en su libro.
12. Su libro es vuestra victoria;  
ella os ve ante sí y desea vuestra salvación.

Aleluya

---

9.3 designio. Lit. voluntades.

4 pensamiento. Otros: designio.

EL LIBRO DE LA SALVACIÓN

Sólo los que adiestran sus oídos para oír reciben la Palabra; sólo los que entregan su alma al Señor reciben la suya. Hubo un pensamiento del Altísimo que pensó sobre el Mesías y esa fue la Palabra del Señor y su proyecto de vida eterna para nosotros y para nuestro fin incorruptible.

De ahí vino la gran promesa que se hizo a los que aceptaran la voluntad del Altísimo, se fortalecieran en la gracia y alcanzaran la santidad.

En la batalla por la paz ninguno de los santos caerá en los combates, porque al final, la corona de la verdad estará en su cabeza y en ella brillará la piedra preciosa y única que es la gala del vencedor.

Que la corona os sirva para ser uno con el Señor, porque esa es la victoria grande y final por la cual el que vence es inscrito para siempre en el libro de la salvación.

---

1. El Señor ha dirigido mi boca con su Palabra  
y ha abierto mi corazón con su Luz.
  2. Por El habita en mí su vida inmortal  
y he podido proclamar el fruto de su paz,
  3. para convertir las almas de los que pueden venir a El,  
aprisionadas en el hermoso cautiverio de la libertad.
  4. Me hice fuerte, crecí y he tomado cautivo al mundo para mí,  
para alabanza del Altísimo, de Dios mi Padre.
  5. Se congregaron en uno los pueblos que estaban dispersos  
y ya no fui mancillado por mis faltas,  
sino que me alabaron en las alturas.
  6. Huellas de luz habían sido puestas en su corazón;  
caminaron en mi vida y fueron salvados.  
Se convirtieron en mi pueblo para siempre.  
Aleluya.
- 

10,4 crecí. Otros: me hice robusto.  
5 mis faltas, o mis pecados.

### LA UNIDAD DE LOS ELEGIDOS

Los elegidos son los nacidos del Espíritu, los que se expresan por la Palabra que acude a su boca y tienen la Luz del Señor en el corazón. Como el Señor habita en ellos, hecho uno con ellos mismos, es privilegio de los elegidos la vida eterna, con el reposo de la paz y de la libertad cautivada por el conocimiento.

El aedo, nacido del Espíritu desde que contempló por vez primera la estrella que como signo y sello de Dios vivo reluce en su frente, dice ahora que ha crecido el Señor en él y le ha hecho fuerte. La estrella crece cuando el alma enamorada pone en ella los ojos con inamovible humildad de sierva de Dios y alegría de bienaventurada que se sabe elegida para siempre. Luego, al paso del crecimiento de la estrella, se engrandece el alma que magnifica al Señor.

Los elegidos son el pueblo santo que andaba a oscuras y vio una luz intensa (Is 9, 1; Mt 4, 16), el pueblo que el Señor redime cuando acuerda con él su alianza. El mundo entero, total, pleno, es tomado entonces cautivo para ser un solo nacido hecho fuerte y alabar al Altísimo con amor de Hijo.

La obra de los elegidos se dice que es congregar en uno a los pueblos que estaban dispersos, llamas vivas de una misma hoguera, reunidas en el fuego común con plenitud de ser fuego, ya sin mancilla de ser llamas separadas. Por eso reciben alabanza.

Cada chispa de ese fuego del conocimiento y el amor viene del Espíritu de Dios y es una huella luminosa que aviva y retiene en la memoria del elegido, para ser salvado, que no es su corazón sino el corazón del Señor el que en él vive, pues le fue entregado al principio como promesa de su rescate.

El pueblo de los elegidos será desde ahora para el aedo la comunidad de fieles del Padre y del Hijo, proclamada en sí mismo para siempre, pues esa es la obra del crecimiento y la fortaleza del nacido del Espíritu.

---

1. Fue podado mi corazón y apareció su flor;  
y germinó en él la gracia  
y dio fruto para el Señor.
2. El Altísimo me ha podado con su Espíritu Santo;  
ha descubierto mis entrañas ante El  
y luego me ha llenado con su amor.
3. Su obra purificadora me ha salvado  
y he caminado con su paz  
por la senda de la verdad.
4. Desde el principio hasta el fin,  
he recibido su conocimiento
5. y me he mantenido firme en la roca de la verdad  
donde El me estableció.
6. Un agua que hablaba, abundante, de la fuente del Señor,  
se acercó a mis labios,
7. y bebí hasta la embriaguez  
del agua viva que no muere;
8. pero mi embriaguez no me privó del conocimiento,  
sino que por ella deseché la vanagloria.
9. Me dirigí al Altísimo, mi Dios,  
y me embriagué con su don.
10. Abandoné la locura extendida sobre la Tierra,  
me despojé de ella, la arrojé de mí.
11. El Señor me renovó con su vestidura  
y con su Luz tomó posesión de mí.
12. De lo alto me vino un reposo incorruptible  
y fui como una tierra que germina, próspera en frutos.
13. El Señor fue para mí  
como el Sol sobre la tierra;
14. iluminó mis ojos  
y llevó el rocío a mi rostro.
15. Mi aliento se regocijó  
por el suave olor de su bondad.
16. Me condujo a su paraíso  
donde es abundante el gozo del Señor.

- 16b. Contemplé los árboles floridos en sazón;  
su corona nacía de ellos mismos,  
florecían sus ramas y resplandecían sus frutos.  
Sus raíces brotaban de una tierra inmortal.  
Un río de alegría los regaba,  
a ellos y a toda la tierra de vida eterna.
17. Adoré al Señor por su gloria y dije:
18. Bienaventurados, Señor, los que están plantados en tu tierra  
y tienen lugar en tu paraíso;
19. Crecen y germinan como árboles tuyos  
y pasan de las tinieblas a la luz.
20. He aquí que todos tus obreros son hermosos  
y realizan su transformación;
21. Se apartan del mal hacia su benignidad  
y rechazan de sí la amargura, una vez son regados por tu fuente.
22. Benditos los sirvientes de tus aguas,  
que son un reflejo de ti.
23. Mucho lugar hay en tu paraíso  
y nada vano hay en él, sino todo lleno de frutos.
24. Alabanza a ti, oh Dios,  
por tu paraíso de eterna bienaventuranza.  
Aleluya.
- 

11,1 fruto. Otros: frutos.

2 podado. Bautismo en el mismo sentido de circuncisión  
espiritual (Rm 2, 29).

mis entrañas. Como sede de la conciencia

3 Su obra, su poda bautismal. Otros: su cortadura.

16b de alegría. Otros: risueño.

20 transformación. Otros: obra

22 sirvientes. Otros: operarios

reflejo. Otros: remanente, voluntad.

EL RIO DE AGUA DE VIDA

Describe el aedo los efectos de salvación en él operados por los bautismos de agua y de Espíritu. El primer bautismo, o lavado por el agua, lo explica como una poda de purificación por la cual apareció en su corazón, libre y diáfana, la esencia de sí mismo, la cual, tras florecer la gracia en ella dio fruto para el Señor. Mandó después el Altísimo su lluvia de fuego del conocimiento, la unción del Espíritu Santo, que le llenó con su amor y dejó su conciencia desnuda de revestimiento, purificada, limpia para caminar por las sendas de la paz y la verdad.

Así fue como entró el aedo en el río de agua de Vida (Ap2, 21), que corre desde el seno del Señor (Jn 7, 38), tras oír su voz que todo lo esclarece y que es como ruido de muchas aguas (Ap 1, 15). Entonces se llenó hasta la embriaguez de aquella bebida que no era de vino, sino del Espíritu, tal como lo había aconsejado el Apóstol: con cantos y salmodias al Señor (Cf Ef 5, 18-19).

Tuvo después una primera contemplación de lo que significa el paraíso, donde son plantados como árboles eternos todos los bienaventurados que pasaron de la muerte a la vida, de las tinieblas a la Luz, por haber completado la transformación que a todo hombre le toca realizar en sí mismo según el plan de Dios.

Por último, bendijo el aedo al espíritu inmortal del hombre Superior, que es quien sirve las aguas de Vida eterna, y se dedicó por entero a entonar sus cantos de alabanza al Altísimo.

1. Me llenó de palabras de verdad para que las anunciara.
2. Como una corriente de agua fluye ahora de mi boca la verdad y mis labios muestran sus frutos.
3. Creció en mí su conocimiento porque la boca del Señor es la Palabra verdadera, la puerta de su luz.
4. El Altísimo la ha dado a sus generaciones como intérprete de su belleza, narradora de su gloria, heraldo de su pensamiento, anunciadora de su designio y santificadora de sus obras.
5. No es posible explicar la Palabra, así es de tenue y sutil.
6. Nunca decae, sino que siempre se mantiene en pie y nadie conoce los límites de su camino.
7. Tal como es su obra, así es lo que de ella se puede esperar, porque es la luz y el alba del pensamiento.
8. Los que habían estado en silencio adquirieron la Palabra y desde entonces se han hablado por ella unas a otras las generaciones.
9. De ella proceden el amor y la concordia, al decirse las generaciones la Palabra propia.
10. Fueron agujoneadas por la Palabra y conocieron al que los había creado.
11. La boca del Señor les habló y su explicación corrió por ella;
12. porque la Morada de la Palabra es el hombre y su verdad es el amor.
13. Bienaventurados los que por medio de ella han comprendido y han conocido al Señor en su verdad.  
Aleluya.

---

12,3 conocimiento. Otros: ciencia.

4 generaciones. Lit. eones.

## LA PALABRA

El himno a la Palabra que el aedo entona como puro poeta de Dios, está menos elaborado que el prólogo del cuarto evangelio, pues es, según parece, anterior a él: pero lo esencial de la Palabra preexistente y eterna fue aquí dicho. Sin olvidar sus raíces en la Sabiduría veterotestamentaria, el aedo explica la encarnación de la Palabra, su hacerse carne en nosotros, en cada persona, como presencia interior de la gloria eterna y como único camino de Vida, de verdad y de amor para conocer al Altísimo a partir de la Palabra, su Hijo.

La Palabra preexiste en Dios como puerta de su Luz (v.3) pero ha venido al mundo porque el Altísimo la ha dado a sus generaciones (v.4), para llevar a cabo su misión de amor y concordia (vv. 8-9).

La obra de la Palabra consiste en transmitir al mundo su kerigma de salvación por el que cada uno puede conocer al que lo ha creado (v.10). Para cumplir esta obra encarna la Palabra, toma carne, en todo hombre al nacer, y pone en él su Morada en su pura verdad de amor (v.12).

Pero muchos de los que son suyos no reciben la Palabra porque ella es tenue y sutil (v.5) y no conocen los límites de su camino (v.6). Sin embargo, la Palabra es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, puesto que es intérprete de la belleza del Altísimo, narradora de su gloria, heraldo de su pensamiento, anunciadora de su voluntad y santificadora de sus obras (v.4).

Por eso llama el aedo bienaventurados a los que por medio de la Palabra han conocido al Señor en su verdad (v.13), dado que nadie va al Altísimo si no es por ella (Cf. Jn. 14, 6).

---

1. Nuestro espejo es el Señor;  
abrid los ojos y miraos en El.
2. Conoced cómo es vuestro rostro  
y proclamad la alabanza a su Espíritu.
3. Limpiad de impurezas vuestro rostro,  
amad su santidad y revestíos de ella.
4. Y estaréis sin mancha junto a El en todo tiempo.  
Aleluya.

---

13,3 impureza. Otros: odio.

EL ESPEJO DE LA GLORIA DEL SEÑOR

Todos nosotros – dice el Apóstol,- que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen (2 Cor 3, 18).

El aedo es un buen seguidor de Pablo y vive su mismo proceso interior; incluso utiliza su mismo lenguaje para expresarlo. La gloria del Señor, del Mesías que vive en él, es el espejo en el que se mira, bien abiertos los ojos, para ser transformado en esa misma imagen que contempla. Por rostro descubierto, según el texto del Apóstol, hay que entender, no velado por la impureza y la ignorancia, pues un rostro limpio que ama la santidad y proclama su alabanza a la acción del Señor, que es Espíritu (2 Cor 3, 18), se reviste de la santidad de la imagen que contempla, y esa es la transformación buscada.

Ver en un espejo es una manera confusa, imperfecta, de ver (1 Cor 13, 12), pero a causa de la transformación es posible ver sin espejo, cara a cara, de un modo perfecto y entonces conocer tal como uno es conocido; y eso es lo que el aedo explica como estar junto a El en todo tiempo.

En rigor, la transformación verdadera solo es posible porque el Altísimo hace brillar su Luz en nuestros corazones, para irradiar sobre ellos el conocimiento de la gloria de Dios, que es el rostro del Mesías (2 Cor 4, 6).

Por eso se dijo: Los siervos de Dios, verán su rostro y llevarán su nombre (su sello, el de Cristo), en la frente (Ap 22, 4).

---

1. Como los ojos del hijo se dirigen hacia su padre,  
así mis ojos, oh Señor, se orientan todo el tiempo hacia ti.
2. porque contigo están mis pechos  
y mi deleite.
3. No apartes, oh Señor, de mí tu misericordia,  
ni me quites tu bondad.
4. Tiéndeme, oh Señor, en todo tiempo tu diestra  
y sé para mí un guía, hasta el final, según tu designio.
5. Que yo te sea agradable,  
que por tu gloria y tu nombre pueda ser salvado del mal.
6. Tu reposo, oh Señor, more en mí  
y los frutos de tu amor.
7. Enséñame los cánticos de tu verdad,  
de modo que yo produzca frutos por ti.
8. Ábreme la cítara de tu Espíritu Santo,  
para que en todos los tonos te alabe, oh Señor.
9. Retribúyeme según la abundancia de tu misericordia;  
apresúrate a conceder lo que pido.
10. Pues en ti está todo lo que nos es necesario.  
Aleluya.

---

14,4 designio. Otros: voluntad.

6 reposo. Otros: serenidad.

ENTRAR EN EL DESCANSO DE DIOS

Los ojos del aedo, los que contemplan sin cesar el sello del Mesías con que fue marcado (2 Cor 1, 22) en su frente, se dirigen hacia el Padre, pues a El lleva la subida final (Jn 20, 17). Esa dirección última es posible ya, porque el aedo ha hecho suyos los pechos que le ofreció el Padre (OdSI 8, 14); el aedo los tomó y de ellos bebe la leche santa por la que tiene vida eterna. Por eso fue dicho: De la boca de los niños de pecho, de los que aún maman, te preparaste alabanzas (Mt 21, 16; Sal 8, 3).

Lo que pide el aedo al Padre es que el Señor, a la diestra de Dios (Rm 8, 34), sea para siempre su Señor, como mano diestra de Dios a él tendida para gloria de salvación y santificación de su nombre (Mt 6, 9).

El único propósito firme que le queda al aedo es el de terminar sus trabajos de transformación, para entrar en el mismo descanso en el que reposa el Altísimo. Que no se diga de él lo que fue dicho de los que no creyeron: No entrarán en mi reposo (Sal 95, 11), pues todos los que creemos entramos en el descanso de Dios, y quien entra en ese descanso también él descansa de sus trabajos (Hb 4, 3.10).

Ser uno con el Padre en su descanso, conducido por su diestra como guía, que es el camino, es el único fruto que todo aedo necesita de su misericordia. Eso significa que el reposo del Señor mora en él y esos son, también, los frutos de su amor que el aedo espera.

---

1. Como el sol es la alegría de los que buscan su día,  
así mi alegría es el Señor.
  2. Porque El es mi sol;  
sus rayos me han puesto en pie  
y su luz ha disipado de mi faz las tinieblas.
  3. Por el tuve ojos  
y vi su santo día.
  4. Tuve oídos  
y oí su verdad.
  5. Tuve el pensamiento  
y del conocimiento de El me gocé.
  6. He abandonado el camino del error,  
he marchado hacia El y he recibido la salvación.
  7. Según su poder de dádiva me dio  
y según la grandeza de su hermosura me hizo.
  8. Me revestí de incorruptibilidad gracias a su nombre  
y por su gracia abandoné la corrupción.
  9. La muerte ante mi rostro fue destruida,  
el seol fue aniquilado por mi Palabra.
  10. Una vida inmortal ha ascendido en la tierra del Señor;  
ha sido dada a conocer a sus fieles,  
otorgada sin merma a los que en El confían.  
Aleluya.
-

VICTORIA SOBRE LA MUERTE

El aedo es un hijo del día, según fue dicho: Todos vosotros sois hijos de la Luz e hijos del día (Ts 5, 5). El día del que habló el Apóstol y que busca el aedo es el día de la salvación (2 Cor 6, 1), al que sólo es posible llegar cuando ya el corazón recibe como lluvia la alegría del Señor. Se dijo que los magos al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría (Mt 2, 10), y eso es porque ellos, por la misma razón que el aedo, vieron colmado su gozo (Jn 15, 11).

Dice el aedo que el Señor es su sol. Desde que se revistió del Señor es el aedo, en verdad, un justo como aquellos de los que se dijo: brillarán como el sol en el Reino de su Padre (Mt 13, 4), y esto, no por el rostro suyo, sino por el brillo esplendoroso del rostro del Señor (Ap 1, 16), del que el aedo está revestido. Los rayos de ese sol le han puesto en pie, y eso significa que por la fuerza de aquellos rayos está capacitado para mantenerse perfecto y ser cumplidor total de la voluntad de Dios (Col 4, 12).

Hay que entender que los ojos que ven el santo día y los oídos que oyen su verdad son los ojos y oídos interiores, los del conocimiento, pues los otros ojos y oídos, los de ver y oír el mundo fuera del corazón, los cegó el aedo cuando creyó entender aquello que dijo el Señor: Escucharéis bien, pero no entenderéis, miraréis bien, pero no veréis (Mt 13, 13; Is 8, 9). Desde entonces, suele extender el aedo sus manos, como signo de no ver y no escuchar, y luego, una vez ciego y sordo para todo lo que no es el Señor, busca el día santo y presta oídos a la verdad, absorbo en los sentidos del conocimiento.

El aedo se ha revestido de incorruptibilidad, según lo recomendó el Apóstol: que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad. Eso significa que la muerte, privada de su aguijón, ha sido devorada en la victoria (1 Cor, 15, 54-55; Is 25, 8). Y eso es lo que canta el aedo: la destrucción de la muerte, aniquilada por la Palabra eterna que brilla como el sol en el corazón inundado de alegría del aedo.

En el aedo se ha cumplido, sin él moverse, sin merma del puro sí mismo, la ascensión profetizada de que en algunos, los que en El confían, llegará la muerte después de ver venir con poder el Reino de Dios (Mc 9, 1).

1. Como el trabajo del labrador es el arado  
y la misión del timonel es conducir el navío,  
así mi trabajo es cantar alabanzas al Señor.
2. Mi arte está en sus alabanzas,  
porque el amor del Señor es el alimento de mi corazón  
y hasta mis labios han llegado sus frutos.
3. Mi amor es el Señor,  
por eso le cantaré.
4. Me fortalezco en sus alabanzas  
y tengo fe en El.
5. Abro mi boca y su Espíritu alaba en mí  
la gloria del Señor y su hermosura,
6. la obra de sus manos  
y el trabajo de sus dedos,
7. por la abundancia de su misericordia  
y la fuerza de su Palabra.
8. Porque la Palabra del Señor penetra en lo invisible y revela sus  
designios.
9. El ojo ve sus obras  
y el oído oye su pensamiento.
10. El es quien afirmó la tierra  
y asentó el agua en el mar;
11. quien extendió el cielo  
y fijó sus estrellas;
12. quien estableció la creación  
y luego descansó de sus trabajos.
13. Las criaturas corren en pos de su curso  
y hacen su obra sin detenerse.
14. Los ejércitos están sometido  
a su Palabra.
15. El tesoro de la luz es el sol  
y el de la oscuridad es la noche.
16. El hizo el sol para que el día fuera luminoso  
y la noche para traer la oscuridad sobre la faz  
de la tierra.
17. El sol y la noche se reciben uno a otro  
y proclaman la hermosura completa de Dios.

18. Nada hay fuera del Señor,  
    porque El era antes de que algo existiera.
19. Los mundos fueron por su Palabra  
    y por el designio de su corazón.
20. Gloria y honor a su nombre.  
    Aleluya
- 

- 16, 2 llegado. Otros: derramado.  
    8 designios. Otros: pensamientos.
- 10 afirmó. Otros: extendió.
- 17 se reciben. La alternancia.
- 19 designio. Otros: pensamiento.

### LA HERMOSURA COMPLETA DE DIOS

Entona esta vez el aedo su alabanza al Señor Altísimo, y con El, sin modalismo alguno, a la Palabra, que es Dios y por quien fueron los mundos (v. 19), pues todo se hizo por ella (Jn 1, 3).

Practica bien el aedo el arte de alabar al Señor, y el alimento de leche y miel que recibe de los pechos del Padre, sube hasta sus labios cuando canta con perseverancia. Su canto es su oración al Señor, y como es el Espíritu quien en verdad alaba en él por su boca, lo que alaba es siempre la gloria del Señor y su hermosura.

Lo que dice el aedo es que la Palabra de Dios sembrada en él (Lc 8, 11) le fortalece en sus cantos, pues por ellos la Palabra del Señor penetra en lo invisible y le revela sus designios.

Todas las criaturas (los ejércitos) están sometidas a su Palabra. Así es como el sol es, según su espíritu, el tesoro de la luz, la Palabra, y la noche, el de la oscuridad; pero dado que El es único y no hay otro fuera de El (Mc 12, 32) el amor del aedo ve en toda la Palabra y recibe al sol en la noche y a la noche en el sol. Ambos, juntamente, sol y noche, proclaman, como un todo, la hermosura completa de Dios.

---

1. He sido coronado por mi Dios  
y mi corona es viva.
2. He sido justificado por mi Señor  
y mi salvación es incorruptible.
3. He sido liberado de las concupiscencias  
y ya no soy un condenado.
4. Mis ligaduras han sido cortadas por sus manos  
y he recibido el rostro y la apariencia de una persona nueva;  
anduve con el y he sido salvado.
5. El pensamiento de la verdad me guió,  
caminé tras ella y no me he equivocado.
6. Todos los que me vieron se asombraron  
y les he parecido un extraño.
7. El que me conocía y me exaltó  
hasta su perfección es el Altísimo.
8. Me honró en su benignidad  
y elevó mi conocimiento a la altura de la verdad.
9. Allí me dio el camino de sus pasos  
y abrí las puertas que estaban cerradas.
10. Rompí los cerrojos de hierro,  
que puestos al rojo se licuaron ante mí.
11. Nada se me apareció cerrado,  
porque yo era la puerta de todo.
12. Marché hacia todos mis prisioneros para liberarlos,  
para que nadie quedase cautivo o cautivara.
13. Di mi conocimiento con generosidad  
y mi consuelo con mi amor.
14. Sembré mis frutos en los corazones  
y los transformé en mi mismo.

15. Recibieron mi bendición y vivieron,  
se reunieron en mí y fueron salvados.
16. Porque eran miembros para mi  
y yo su cabeza.
17. Gloria a ti, oh cabeza nuestra, Señor Mesías.  
Aleluya
- 

- 17, 3 concupiscencias. Otros: vanidades.  
7 me exaltó. Lit. me hizo crecer.
- 11 la puerta de todo. Lit. el abridor, el que todo lo abre.
- 13 mi consuelo. Charlerworth lee: mi resurrección.

MARAN ATHA, EL SEÑOR HA VENIDO

En varias ocasiones se refiere el aedo a la corona de la que da alguna información. La corona es el Señor y está viva y por ella y por las ramas que en ella florecen, recibe el aedo fruto de plenitud y salvación (OdSI, 1). Debe entenderse que la corona , de oro fino es invisible, luz del espíritu, aunque en algunos santificados puede resultar visible para los ojos del conocimiento. Pero decir corona es solo exteriorizar una realidad interior difícil de expresar, realidad a la que se refiere el aedo cuando habla del Lugar Santo, el corazón del Señor, donde habita el Altísimo como puro si mismo del creyente. Este Lugar, o esta corona, su signo, sólo puede ser descubierto cuando el mismo ha sido negado – y ésta es la cruz,- hasta ser como nada, y el Señor es entonces todo en todo (Col 3, 11).

Encontrar este Lugar Santo en el centro hondo del entendimiento y su encuentro por el que empieza a ser levantada la corona, debe ser descrito como el comienzo de la Parusía. En la liturgia cristiana primitiva conocía la Parusía dos tiempos distintos que se expresaban por medio de dos formas de lenguaje diferentes. A la expectación primera del Señor, correspondía la súplica Marana tha, ¡Ven, Señor Jesús!( Ap 22 ,17) y había además el grito del alma inundada de alegría que el Apóstol confirma varias veces: Maran atha, ¡El Señor ha venido! (1 Cor 16, 22).

A la voz Maran atha corresponde la percepción de la presencia del Señor y la consiguiente elevación de su signo como una corona sobre la cabeza. Esta es la primera señal de la transformación del creyente, aquella en la que el creyente sabe con certeza, por la corona, que el Señor está con él y por eso dice: Tú vives por ella en mi cabeza y floreces en mí (OdSI 1, 4).

Pero si el Señor está en el creyente – y el Señor está siempre allí como todo en todos-, aún no está el creyente en el Señor, y de ahí viene la necesidad de andar un camino, a veces largo y difícil durante el cual es puesta a florecer la corona. El Apóstol, y también el aedo explican todo esto como revestirse del Señor (Rm 13, 14), hasta que la corona consolida su permanencia sin ausencia alguna. El creyente,

culmina su transformación y alcanza la salvación incorruptible cuando la corona es conocida con el mismo grado de conocimiento que ella conoce.

Este gran suceso, espiritual, único e incomparable reservado a los pocos, lo explica el evangelio como ver venir en poder el Reino de Dios, antes de gustar la muerte (Mc 9, 1). El aedo lo describe cuando dice que el Señor le ha liberado de la vanidad del mundo y ya no es un condenado a muerte, sino que, como dice en términos muy paulinos se ha despojado del hombre viejo, corruptible, que seguía la seducción de las concupiscencias, y se ha vestido del Hombre Nuevo (persona nueva), creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Cf Ef 4, 22-24; 2, 15; Col 3, 9). Pero el Hombre Nuevo que recibió el aedo, consiste, según dice (v.4) en el rostro, es decir, el espíritu puro y desnudo, y la apariencia es el vestido último o cuerpo inmaterial, invisible, celeste, inmortal, no natural sino incorruptible, solo circunscripción del Ser, del que habló el Apóstol (1 Cor 15, 44. 54).

Lo que a partir del v.6 relata el aedo se refiere al Hombre Nuevo, nacido de arriba, del Espíritu y sus palabras sólo pueden ser entendidas desde la esfera nebulosa de la intuición poética. Para los hombres, dice que fue desde ahora un extraño. En verdad, él había sido un extraño a Dios en otro tiempo (Col 1, 21), cuando vivía en el hombre viejo, pero desde ahora es hijo de Dios, constituido o hecho por sí mismo hijo de Dios (Mt 17, 25-26; Jn 1, 12), conocido por el Padre Altísimo y levantado por él a la perfección. Por eso rompió los cerrojos de todo lo que se oponía a su ascensión y tuvo el camino. El hombre nacido de arriba lleva en sí mismo el doble valor de ser el pastor y la puerta, y no es su voz la voz de un extraño (Jn 10, 5).

Por último, convertido ya en un solo Espíritu en Cristo, como miembro eterno de su Cuerpo espiritual (1 Cor 12, 12), marchó el aedo para liberar a todos los cautivos, para dar conocimiento de resurrección y repartir los frutos de su amor. Así reunió en sí mismo, en uno solo, a todos los hijos de Dios (Jn 11, 52), según el designio divino.

Seguro en el amor, seguro de su crecimiento alabó con sus odas en Gloria de Aquel que es la Cabeza, el Señor Mesías, de quien todo el Cuerpo recibe trabazón (Ef 4, 15).

1. Por el amor del Altísimo se elevó y enriqueció mi corazón,  
para que yo le alabe en su nombre.
  2. Se fortalecieron mis miembros  
y ya no perdieron su fuerza.
  3. Las enfermedades fueron alejadas de mi cuerpo  
y por su voluntad se enderezó para el Señor,  
porque su reino es verdadero.
  4. Oh Señor, en favor de los que te necesitan  
no apartes de mí tu Palabra;
  5. No por las obras de ellos  
me niegues tu perfección.
  6. Que no sea vencida la luz por las tinieblas,  
ni huya la verdad frente a la mentira.
  7. Ponga tu diestra nuestra salvación en victoria;  
que Tú recojas de todo lugar para preservar a los cautivos.
  8. Tú eres mi Dios; mentira y muerte no hay en tu boca,  
sino que la perfección es tu designio.
  9. Tú no conoces la vanidad  
y tampoco ella te conoce a ti.
  10. Tu no conoces el error  
y tampoco él te conoce a ti.
  11. Por ti aparece como espuma el mar  
y como polvo la ignorancia.
  12. De ella pensaron los vanos que era grande,  
pero vinieron a ser según su imagen y quedaron frustrados.
  13. Los que conocieron y reflexionaron  
no se mancillaron por sus pensamientos;
  14. estaban en el designio del Altísimo  
y se alejaron de los que caminaban en el error.
  15. Hablaron la verdad  
por la inspiración que recibieron del Altísimo.
  16. Gloria y magnificencia a su nombre.  
Aleluya.
-

- 18, 1 su nombre. Otros: mi nombre.  
3 se enderezó. Otros: Se mantuvieron firmes  
es verdadero. Otros: es sólido.  
7 Que Tú. Otros: Que ella.  
11 espuma. Otras: niebla  
polvo. Otros: paja.  
14 se alejaron de. Otros: burlaron a.

EL NOMBRE DEL ALTÍSIMO

El Nombre del Altísimo es lo que hay que santificar, levantándolo en nosotros día a día, hasta que la imagen que del Nombre toma al principio nuestro corazón sea perfecta, tal como lo es el Nombre y como también lo es el Padre Altísimo (Mt 5, 48), a quién con el Nombre designamos. Para cumplir esta obra de enriquecimiento de su corazón se entrega el aedo a la alabanza incesante.

Así es como se fortalecen en Dios los miembros, corazón y boca, lengua y labios, que intervienen en la alabanza, pues el Espíritu, que es fuerza, está con ellos. Por eso pide el aedo al Altísimo que no aparte de él su Palabra, su Nombre, su diestra para más pronta victoria de la luz y de la verdad.

Por el Nombre del Altísimo es posible reconocer el error y la vanidad de todo y, en consecuencia, puede aparecer la ignorancia como polvo y el mar como espuma. Sin embargo, aquellos que por sí son vanos sin saberlo vinieron a ser justo como aquello que contemplaban y en lo que creían: espuma y niebla, polvo y paja.

Tan solo los que se emplean en reflexionar, llegan a conocer la voluntad del Altísimo. Esos se alejan del error y no dudan en glorificar y magnificar el Nombre tal como fue dicho: Santificado sea tu Nombre (Mt 6, 9).

---

1. Una copa de leche con la dulzura y suavidad del Señor,  
me fue ofrecida y la bebí.
  2. El Hijo es la copa,  
el que fue ordeñado es el Padre  
y el que la ordeñó es el Espíritu Santo.
  3. Como sus pechos estaban llenos  
y no era bueno que se derramara su leche en vano,
  4. abrió su seno el Espíritu Santo  
y mezcló la leche de ambos pechos del Padre.
  5. Dio la mezcla al mundo, aunque pocos se dan cuenta,  
pues sólo la reciben los que están en la Plenitud de la diestra.
  6. Tomó la mezcla el vientre de la virgen  
y concibió y dio a luz;
  7. por su inmensa misericordia  
fue hecha madre la virgen.
  8. Concibió y dio a luz un Hijo,  
sin sentir dolor, para que nada inútil fuese.
  9. No necesitó una comadrona,  
porque El la vivificó.
  10. Como un hombre dio a luz, voluntariamente:  
parió con ejemplaridad,  
adquirió con gran poder,
  11. amó con redención,  
guardó con suavidad  
y mostró con grandeza.
- Aleluya
- 

- 19, 5 los que están en la plenitud. Otros: en su plenitud los que están.  
 9 la vivificó. Otros: concedió a ella su ayuda.  
 10 como un hombre. Otros: a semejanza de un hombre.

## DIOS CON NOSOTROS

El protagonista de estas odas es siempre el Espíritu del hombre que algunos descubren en si mismos, idéntico a su sí mismo, después de un proceso de transformación que a todos los hombres ha sido reservado desde el principio de los tiempos.

En el cuarto evangelio (Cap 3) se explica este misterio revelado por Jesús, de la transformación del hombre en Espíritu, como un nacer de lo alto, al tiempo que se afirma que tal nacimiento es posible por agua y por Espíritu. Por agua entendía, Jesús el bautismo de purificación de la psiquis al que todo hombre debe aplicarse como obra previa, y por Espíritu, la lluvia de conocimiento que adviene luego sobre el hombre ya purificado. Lo que al fin sobreviene es un hombre nuevo, hecho de espíritu por ser nacido del Espíritu, con su conciencia transformada en Vida eterna y conocimiento.

Ante la resistencia que para aceptar la verdad del nacimiento del Espíritu opone su interlocutor, se asombra Jesús de que un maestro de Israel no la conozca (Jn 3, 9) y con ello afirma implícitamente que su enseñanza sobre esto no es nueva sino de siempre. Pero la incredulidad de Nicodemo no es única, sino propia de la mayor parte de los hombres, pues solo algunos de cada generación alcanzan a descubrir la verdad, y son capaces de dedicar su atención a la realización propia, esa realización en Espíritu que fue llamada deificación del alma por el orbe cristiano y por el Apóstol santificación, según el plan de Dios: Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación (1 Ts 4, 3).

Nuestro aedo se aplica en su salvación y la explica de varias maneras. El camino que lleva al segundo nacimiento no consiste en un sola vía como alguien pudiera pensar, sino en muchas, tal vez en tantas como peregrinos hay de sí mismos, y el aedo no olvida las vías que va conociendo, sino que las alaba en sus odas. Aquí, en esta oda 19, toma la forma expresiva que explicó el primer Isaías cuando en su hermoso y a la vez preciso lenguaje poético habló del Emmanuel, Dios con nosotros (Is 7, 14-15):

La vía isaiana resultaría menos difícil de entender por muchos, especialmente por los conocedores de la historia cristiana, si no fuera porque los evangelistas Mateo y Lucas, en su intento generoso de que Cristo Señor fuera creído por todos, no tuvieron obstáculo en empequeñecer su grandeza única de Cabeza del Cuerpo espiritual de todo en todos, y narraron para el Jesús-Dios de Marcos, como primeros capítulos de sus evangelios, la misma vía de acceso a la santificación que más tarde pondría el cuarto evangelio en boca de Jesús para todos los hombres: el nacimiento del Espíritu.

Pero el Cristo Jesús del cuarto evangelio es el Cristo preexistente, uno con Dios desde el principio y hacedor de todo y no tiene nacimiento. Por eso Cristo Jesús no es solo el hijo de David, aún antes de que al rey salmista le fuera revelado. Cristo Jesús es el Señor del que hablan todas las Escrituras (Lc 24, 27), pues algunos, como Isaías o nuestro aedo, lo descubren en sí mismos y se hacen uno con él, uno con el Señor Mesías al que glorifican.

Es necesario afirmar categóricamente que los textos mesiánicos del Antiguo Testamento que muchos Padres de la Iglesia estimaron como profecía del nacimiento de Jesucristo como Mesías no son profecías, ni fueron escritas con ese propósito, ni la grandeza de Jesucristo cabía en tales profetas. Los textos mesiánicos son referencia al hecho concreto del nacimiento de arriba, del Espíritu, que Jesús descubre en el cuarto evangelio y que se comprueba no solo en el primer Isaías, sino también en los poemas de nuestro aedo. Desligados de su erróneo esquema profético, los textos mesiánicos sirven para acreditar la infinitud del techo del hombre y en estudiar sus caminos para que el techo termine en hacerse hijos de Dios.

Lo que Isaías intenta describir en su conocido pasaje mesiánico es la gran experiencia de transformación por la que asiste al nacimiento en su interior espiritual del hombre eterno, inmortal y perfecto, que su conciencia virginal, la virgen o doncella, pura, santificada, ha concebido y dado a luz, al Hijo de origen divino, al que, en consecuencia, descubre. Por ser venido al Espíritu, el recién nacido es Espíritu, uno con Dios, y Luz y Vida de Dios.

La vinculación del poema del aedo con el relato isaiano es fácil de advertir, porque parte de los mismo supuestos que Mateo y Lucas, pero no para la encarnación de Jesucristo, sino para explicar el nacimiento espiritual al que asiste en su propio

interior como transformación de sí mismo, aunque el nacido es siempre el Salvador ungido.

Hay que recordar que el alimento de leche y miel que conviene a Emmanuel es el maná que como rocío derramó el Señor durante el Exodo. El maná era blanco (como la leche) y con sabor a torta de miel (Ex 16, 31), y este fue el alimento, el pan del cielo, propio de la Tierra Prometida (Ex 3, 8). Pero en el relato del aedo sale el alimento de los pechos del Padre y es el Espíritu Santo el que lo ordeña y luego lo vierte en la copa del Hijo. Ese es el mismo orden trinitario que aparece en el texto del último Isaías y que Mateo y Lucas aceptan como mesiánico, pues también es el Espíritu del Señor quien se posa sobre la Cabeza del Hijo, al que unge (Is 61, 1; Lc 4, 18).

El alimento mezclado es, ya se sabe, el río de aguas de Vida y conocimiento que el hombre necesita para rehusar lo malo y elegir lo mejor (Is 7, 16). Ese es el alimento que fue dado al mundo por el Espíritu para que quienes se acercan a la plenitud de la diestra (del Hijo), lo reciban para hacerse hijos de Dios (Jn 1, 12).

Eso es lo que hizo el aedo, según la oda, y su alma pura, virgen, doncella, recibió al Hijo que la vivificó. El v.10 ha sido muy difícil para los traductores, pero tal vez quiso decir el aedo que lo que dio a luz su alma fue el hombre Superior, semejante a un hombre.

1. Sacerdote del Señor soy  
y a El es a quien sirvo.
2. A El ofrezco la oblación  
de su pensamiento.
3. No fue como el mundo,  
ni como la carne su pensamiento  
ni como los que dan culto según la carne.
4. La ofrenda del Señor es la justicia,  
la pureza del corazón y de los labios.
5. Ofrécete todo tú, sin mancha  
y que tus entrañas no opriman ninguna entraña,  
que tu alma no oprima ningún alma.
6. No cambies lo extraño por la sangre de tu alma,  
ni quieras devorar a tu prójimo,  
ni le prives del vestido de su desnudez.
7. Revístete de la gracia del Señor  
y hazte una corona de su árbol del paraíso.
8. Ponla sobre tu cabeza, alégrate  
y recuéstate en su reposo.
9. Su gloria de santidad marchará ante ti,  
recibirás su gracia y su dulzura  
y serás ungido en la verdad.
10. Gloria y honor a su Nombre.  
Aleluya.

---

20, 6 cambies. Otros: adquireras.

8 reposo. Otros: tranquilidad.

SACERDOTE PARA SIEMPRE

Así como el Señor Mesías es sacerdote, rey de justicia (Hb 7, 2), del Señor Altísimo, es el aedo sacerdote del Mesías, sacerdote para siempre (Sal 110, 4) y a El es fiel como servidor (Hb 3, 5).

La fidelidad del sacerdocio del aedo consiste en ofrecerse todo él al Señor para mejor cumplimiento del proyecto divino, pero no como el mundo, según la carne, sino sin mancha, como realización de la Justicia, pureza del amor en su corazón y alabanza que brota de sus labios.

No es lo extraño a su sí mismo lo que el aedo ofrece, sino el puro sí mismo, - denominado por el aedo la sangre del alma, - de forma que desaparezca, devorada por el amor del corazón, hasta la idea de un tú, de un prójimo, pues todo, en su desnudez, es por él recibido como el Señor.

Con ello se reviste el aedo de la gracia del Señor, como una corona sobre su cabeza que le lleva al reposo. Mientras tanto, marcha delante del aedo la gloria de la santidad del Señor, del que recibe la dulzura de su maná, en el que quedan ungidos sus miembros.

---

1. Elevé mis brazos a lo alto,  
a la misericordia del Señor.
2. Mi auxiliador, clemente, quitó mis ligaduras  
y me levantó a su redención.
3. Me despojé de las tinieblas,  
me revestí de la Luz.
4. Mis miembros se hicieron uno con mi alma,  
libres de dolor, de angustia y sufrimiento.
5. Me ayudaba el pensamiento del Señor  
y su comunión incorruptible.
6. Fui elevado en la Luz  
y llegué ante su rostro.
7. Estuve cerca de El,  
le reconocí y le alabé.
8. Desbordó mi corazón, se encontró en mi boca  
y saltó sobre mis labios.
9. Creció en mi rostro el júbilo del Señor  
y su alabanza.  
Aleluya.

---

21, 1 Elevé. Otros: Levanté.

4 se hicieron uno. Otros: a una.  
dolor. Otros: enfermedad.

5 comunión. Otros: compañía.

6 llegué. Otros: pasé  
rostro. Otros: faz.

8 Desbordó. Otros: ( Dios) hizo desbordar

9 y su. Otros: en su.

LA ALABANZA

La elevación de brazos es el gesto y signo de la voluntad ferviente de unirse al Señor Altísimo, y fue el auxiliador del aedo, el Espíritu de la verdad (Jn 14,17), el que hizo posible la disipación de las ataduras que le impedían alzarse hasta la redención. Se despojó de las tinieblas y se revistió de la Luz, tal como le fue aconsejado: Despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la Luz (Rm 13, 12).

Al decir que sus miembros se hicieron uno con su alma, lo que explica el aedo es que dejó de percibir su cuerpo, para lo cual le ayudaba, sin duda, el designio del Señor Altísimo con el que permanecía en comunión perfecta. Esto es lo que se escribió más tarde en el cuarto evangelio. Que sean perfectamente uno (Jn 17, 23).

Por la elevación de la Luz llegó hasta el rostro del Señor, el sello y la estrella del Mesías al que al verlo brillar en su frente lo reconoció y alabó. Entonces empezó la ascensión de su conciencia. El amor del Señor se desbordó en su corazón, -lo que San Anselmo llamó, el exceso de la mente,- y de allí llegó a su boca, que se abrió como una nube de rocío y brotó de sus labios hasta la cabeza, donde se instaló como una corona. Desde allí contempló el Lugar Santo.

El cántico de las alabanzas, los frutos del amor del Señor, impulsaron este ascenso por la senda de la Luz. Y todo se cumplió tal como lo había dicho el Apóstol: (Dios) ha hecho brillar la Luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en el rostro de Cristo (2 Cor 4, 16).

1. El me hizo bajar desde lo alto  
y me ayuda a subir desde los lugares inferiores.
2. El recoge lo que está en medio  
y me lo lanza.
3. El dispersa a mis enemigos,  
a mis adversarios.
4. El me da poder sobre las ataduras  
para que yo las desahaga.
5. El destruye por mis manos al dragón de siete cabezas  
y me coloca sobre sus raíces, para que destruya su simiente.
6. Tú estabas allí y me ayudaste  
y en todo lugar me rodeaba tu Nombre.
7. Tu diestra destruyó el veneno del mal,  
tú mano allanó el camino para los que creían en ti
8. Tú los has elegido de las tumbas  
y los has separado de los muertos.
9. Tú has tomado los huesos de los muertos  
y los has revestido de cuerpos.
10. Tú diste energía de vida  
a los que no se movían.
11. Incorruptibles son tu camino y tu rostro;  
llevas el mundo a la destrucción;  
para que todo cambie y se renueve.
12. El fundamento de todo es tu roca;  
sobre ella has edificado tu reino  
y se convirtió en morada de los santos.  
Aleluya.

---

22, 1 hizo. Otros: hace.

2 medio. Otros: centro.

5 y me coloca. H y N leen: y Tú me colocas

11 rostro. Otros: semblante.

12 es. Otros : será.

## CRISTO ES LA ROCA

Para más fácil entendimiento del texto de esta oda hay algo que tener presente: se dirige el aedo al Padre Altísimo (Tú), y designa al Hijo de Dios como El ( vv.1-5), al tiempo que lo menciona como tu Nombre, tu diestra, tu rostro, tu roca ( vv. 6-12). Pero por la consumación espiritual del aedo, cuya alma pura, virginal, ha concebido y dado a luz al Hijo, al Mesías (OdSI 19,8), su espíritu se ha unido al Espíritu de Dios que en él habita (Rm 8, 9.16) y desde entonces es cuerpo y miembro a la par, del Cuerpo espiritual de Cristo (1 Cor 12, 27), preexistente y eterno. En consecuencia, es Hijo de Dios, al que como Cabeza menciona en sus cánticos el aedo cuando dice El, el Señor.

En cuanto Hijo de Dios, el espíritu del aedo bajó del cielo y volverá a subir, puesto que en el cielo está (Jn 3, 12). Pero será el Hijo, el Mesías, quién consumará esta obra, pues proveerá a su alma, -el medio entre el cuerpo y el espíritu,- del agua viva del conocimiento y vida eterna, que necesita para dispersar los obstáculos, y le dará poder para desatar todas las ligaduras que le encadenan a la tierra.

Por supuesto que el atar y el desatar es siempre obra que se hace en la tierra (Mt 18, 18). ¿Y dónde, si no, podría hacerse?, porque en el cielo no hay cadenas, ni espíritu atado. Por eso, si el dragón, -ese acusador yo que parece vivir bajo diez cuerpos y mirar por siete cabeza (Ap 12,3 )- quema sus raíces aquí, donde únicamente las tiene, se queda sin esa simiente que jamás proliferará en el cielo.

Fue el Nombre del Señor el que ayudó al aedo, pues El es siempre la única ayuda que todo hombre tiene; y fue la diestra del Señor la que destruyó el veneno del mal, pues allanó el camino para los que creen, y la falta de fe es el veneno. Así es como los muertos vivientes que toman valor para ofrecer su sí mismo a Dios, se levantan como muertos retornados a la vida (Rm 6, 13), pues son como un Hombre Nuevo que se renueva hasta alcanzar un conocimiento perfecto según la imagen de su Creador (Col 3, 10).

El hombre nuevo renueva su rostro y toma el del Señor, incorruptible, que antes miraba en espejo y ahora cara a cara. Con esa mirada nueva descubre que la destrucción hacia la cual se encaminan el cielo y la tierra, fue decretada para que

todo cambie y se renueve. Lo único que no ha de pasar es la roca, o piedra espiritual, -la Palabra,- que va siempre con todos los hombres y de la que algunos beben. Y esa roca es Cristo (1 Cor 10, 4).

---

1. La alegría es de los santos,  
y ¿quién se revestirá de ella, sino solo ellos?.
2. La gracia es de los elegidos,  
y ¿quién la recibirá, sino los que en ella confían desde el principio?.
3. El amor es de los elegidos,  
y ¿quién se revestirá de él, sino los que desde el principio lo poseyeron?.
4. Caminad en el conocimiento del Altísimo  
y conoceréis la gracia del Señor,  
para júbilo y perfección del conocimiento.
5. Su pensamiento fué como una epístola,  
su voluntad, que descendió de lo alto.
6. Fue lanzada como la saeta de un arco  
que se dispara con fuerza.
7. Se precipitaron sobre la carta muchas manos,  
para arrebatarla, leerla y hacerla suya.
8. Pero se escapó de sus dedos;  
tuvieron miedo de ella y del sello que llevaba.
9. Porque la fuerza del sello era superior a ellos  
y no tenían poder para romperlo.
10. Marcharon tras la epístola los que la vieron:  
querían saber dónde moraba  
y quien podría escucharla o leerla.
11. Una rueda la recibió  
y la carta fue sobre ella.
12. El signo que había en la carta  
era de reino y señorío,
13. y todo lo que se oponía a la rueda  
era segado y cortado.
14. Detuvo a la multitud de adversarios,  
cubrió los ríos,
15. desarraigó muchos bosques  
y abrió un ancho camino.
16. La Cabeza descendió hasta los pies,  
pues hasta ellos llegó la rueda

- y lo que sobre ella iba.
17. La carta era un mandato  
para que se reunieran en uno todos los pueblos.
  18. Apareció a su frente, revelándose, la Cabeza,  
el Hijo verdadero del Padre Altísimo,
  19. que lo heredó y recibió todo  
y anuló el plan de los muchos.
  20. Se insubordinaron todos los apóstatas y huyeron,  
perecieron los perseguidores, fueron aniquilados.
  21. La epístola era una tabla grande,  
escrita por el dedo de Dios.
  22. El nombre del Padre estaba en ella,  
y el del Hijo y el del Espíritu Santo,  
para reinar por los siglos de los siglos.  
Aleluya.
- 

- 23, 4 Altísimo. Otros: Señor.  
12 carta: Otros: rueda  
13 oponía: Otros: hacía mover.  
15 bosques. Otros: pueblo  
16 Cabeza. Otros: cabeza  
20 apóstatas. Otros: seductores.

LA EPISTOLA

La alegría es el fruto del espíritu que el Hijo de Dios entrega a los santos, para que tengan en sí mismos su alegría colmada (Jn 17, 13). Ser santo es el fruto y ser elegido es el espíritu en quien el Señor se complace para que alcance la perfección. Por eso derrama el Señor su gracia sobre el espíritu. Unido al Espíritu desde el principio, como llama del mismo fuego, tiene el espíritu Vida y da Vida (1 Cor 15, 45). En cuanto al amor, es amor de plenitud que solo Dios da y tiene, y del que el elegido, por ser Espíritu, participa desde el principio. Porque no es que el elegido sea llamado de entre los hombres, sino que todos los hombres reciben el poder de ser llamados y elegidos; llamados, cuando aún no han recibido el fruto de la salvación que el Espíritu les ofrece para que lo reciban; y elegidos, cuando se autoconocen en su transformación como espíritu que por su unión con el Espíritu da fruto de santidad con júbilo y perfección de conocimiento.

Esta es la alabanza de santos y elegidos que el aedo cantó como prólogo a su parábola de la epístola, para la cual se inspiró en gran parte, sin duda, en un texto del Apóstol. Como por sí solo esclarece ese texto paulino el sentido de la epístola del aedo, hay que recordarlo: Sois vosotros vuestra carta, escrita en vuestros corazones y leída por todos los hombres. Sois una carta de Crito, redactada no por ministerio nuestro, no escrita con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón (2 Cor 3, 2-3).

El sello que lleva la carta es el signo y la estrella de Cristo, y la rueda, es figura del Espíritu Santo con sus alas, una rueda movida por la voluntad del Padre, que descendió de lo alto, y a la que nadie pudo oponerse. El reino y señorío del signo de la carta, el pensamiento del Padre, se explica por lo que fue dicho: Lleva escrito un nombre en su manto: Rey de Reyes y Señor de Señores (Ap 19, 16).

La Cabeza, que es Cristo, el Señor Mesías, llegó hasta los pies de los hombres desde el principio, para que la reunión de todos los pueblos en Cristo sea completa cuando se cumpla el fin del mandato: Si no te lavo (los pies) no tienes parte conmigo (Jn 13, 18).

Al fin de los tiempos, El lo habrá heredado y recibido todo, y no habrá muchos, sino sólo El.

No debe sorprender la final declaración trinitaria del aedo, pues el nombre del Padre, el del Hijo y el del Espíritu Santo estaban en la epístola: para reinar por los siglos de los siglos.

---

1. La paloma voló sobre la cabeza de Nuestro Señor Mesías,  
porque El era para ella la cabeza.
  2. Ella cantó sobre El  
y se oyó su voz.
  3. Los habitantes temieron  
y se conmovieron los extraños.
  4. Ella voló, batió sus alas  
y todo reptil murió en su caverna.
  5. Los abismos se abrieron y fueron cubiertos  
y estaban ansiosos del Señor, como parturientas.
  6. Pero no les fue dado El como alimento,  
porque no les pertenecía.
  7. Se hundieron, por este pensamiento, los abismos del Señor,  
los que venían existiendo desde el principio.
  8. Eran destructores  
y la consumación de su aniquilamiento fue la vida.
  9. Peciéron todos los defectuosos,  
los que no podían encontrar la Palabra que les diera la vida.
  10. El Señor hizo perecer los pensamientos  
de quienes no poseían la verdad.
  11. Los que carecían de sabiduría  
y se exaltaban en su corazón,
  12. fueron rechazados  
porque no poseían la verdad.
  13. El Señor ha mostrado su camino  
y ha esparcido la gracia;
  14. y los que lo comprendieron  
conocen su santidad.  
Aleluya.
- 

24, 4 Ella voló. Otros: El ave./ batio. Otros: dejó., perdió.

7 Se hundieron. Otros: Se precipitaron.

8 Eran destructores: Otros: eran destruidos.

9 que les diera la vida. Otros: de modo que subsistieran.

11 Los que. Otros: Pues.

## EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU

El Espíritu del Señor que en forma de paloma bajó sobre el Señor Mesías, llegó para posarse sobre su cabeza cuando ya Jesús, bautizado, había salido del agua (Mt 3, 16); luego, no fue ese bautizo primero, el de purgar el alma de pecados (Jn 8, 46) y representado por la inmersión en el agua, el que protagonizó la paloma, sino el bautizo segundo, el del Espíritu (Jn 3, 5).

Más adelante, explicó todo esto Jesús en la sinagoga de Nazaret: El Espíritu del Señor sobre mí porque me ha ungido (Lc 4, 18). Y si dijo sobre mí fue porque la unción que recibe el ungido no es un vuelo que viene y se va, sino una lluvia permanente y eterna de sabiduría de Dios, que si se dice de óleo es porque se difunde sobre el alma toda, a la que empapa y transforma hasta ser una con ella. A este bautismo, recibido en plenitud por Jesús y que en la medida de sus fuerzas fue antes conocido por Isaías, según lo confirma Jesús en uso de las mismas palabras del profeta (Is 61, 1), se refiere el aedo, pues él también, como antes Isaías, fue ungido por el Espíritu del Señor, que posó sobre él sus alas (ver mas adelante, OdsI 28, 1).

Recuerda el aedo que la paloma cantó sobre el Señor Mesías y se oyó su voz; y eso mismo declaró Isaías: He aquí mi siervo (gr. país=hijo) a quien yo sostengo, mi elegido en quien me complazco (Is 42, 1; Mt 3, 17).

Lo que explica después el aedo son los efectos del canto y unción de la paloma en quienes oyen y reciben. En los que habitan en el Señor crece el impulso para consumir la santificación en el temor de Dios (2 Cor 7, 1) y los extraños, los que aún no han sabido hacerse hijos de Dios (2 Cor 7, 1) y los extraños, los que aún no han sabido hacerse hijos de Dios (Jn 1, 12) y se mueven hacia la transformación (v. 3). Y en su propia forma (caverna) mueren (v. 4) los que habían cambiado la gloria de Dios incorruptible por una representación de hombre corruptible (Rm 1, 2).

Recuerda el aedo la información debida al Apóstol de que la Creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto (Rm. 8, 22), y explica que los abismos, los

que entraron en las grietas de las peñas y en las hendiduras de la tierra (Is 2, 19), no recibieron el alimento espiritual (el maná y el agua de la roca) (1 Cor 10, 3), porque aún no estaban preparados para recibir al Señor (vv. 4, 5, 6, 7).

Por último, confirma el aedo que lo destructor será aniquilado, para que lo mortal sea absorbido por la vida (2 Cor 5, 4) y que solo permanecerán los que reciban la Palabra (vv. 8-9), pues en ella estaba la vida (Jn 1, 11).

---

1. Me escapé de mis cadenas  
y he huido hacia ti, Dios mío.
  2. Has sido la diestra de mi salvación,  
mi auxiliador.
  3. Has tenido a los que se alzaban contra mí  
y ya no se ven más,
  4. porque tu rostro estaba conmigo  
y me salvaba con tu gracia.
  5. Fui despreciado y rechazado por muchos,  
pues fui a sus ojos como plomo;
  6. pero tuve de ti la fortaleza  
y la ayuda.
  7. Una lámpara has puesto a mi diestra y a mi izquierda  
y ya no habrá en mí nada sin luz.
  8. Me he despojado de mis vestiduras de piel  
y he quedado cubierto con la sombra de tu Espíritu.
  9. Tu diestra me ha levantado  
y ha hecho que cesara la enfermedad.
  10. Fui poderoso por tu verdad  
y santo por tu justicia.
  11. Me temieron los que estaban contra mí  
y fui del Señor en el nombre del Señor.
  12. Quedé justificado en su benignidad y en su descanso  
por los siglos de los siglos.  
Aleluya.
- 

24, 1 Me escapé. Otros: He sido salvado

Dios mío: Otros: mi Señor.

4 rostro. Otros: faz.

5 como plomo. (sin valor)

8 de tu Espíritu Otros: de tu misericordia

EL EXCESO DE LA MENTE

No es su salvación consumada lo que intenta describir el aedo, sino su ruptura transitoria con lo que él llama sus cadenas, hechas no solo de carne, sino también de pensamiento. No repudia nada ni a nadie el aedo, pero sabe con el Apóstol que mientras habita en el cuerpo vive lejos del Señor, pues le es posible caminar en la fe, que ya adquirió, pero no en la visión (2 Cor 5, 6-7). Para ese caminar, no en la representación, sino en la verdad tiene el exceso de la mente, pues con la cesación que entonces sobreviene le llega un conocer no circunscrito al pensar, sino anterior a él, abierto al conocimiento de la gloria sin límites de Dios.

Lo que con humildad confiesa el aedo es que esa ruptura de salvación se la debe al Señor Mesías, a la diestra de Dios, al rostro de Dios que está con él y le salva con el rocío de su gracia. De él vienen las dos lámparas encendidas en las que se apoya: la de la diestra, porque ella es la luz del Señor, y la de la izquierda, porque es la luz que brilla en las tinieblas y las vence (Jn 1, 5).

Cuando la mente se excede a sí misma, no hay quien reciba ninguna constancia de las vestiduras de piel (Gn 3, 21), aunque sin duda ahí están como forma representativa del hombre. Por eso no pudo decir el Apóstol, cuando como hombre en Cristo fue arrebatado al más alto cielo, si fue en su cuerpo o fuera de él, pues eso no el hombre, sino sólo Dios lo puede saber (2 Cor 12, 2). El aedo dice: me despojé; y si dice eso es porque entonces descubrió que su espíritu puro, que aún estaba en el mundo de los vivos vestido con el vaso de barro (2 Cor 4, 3), y no desnudo, tal como ocurre con los muertos, andaba sobrevestido, por las nuevas mansiones, de su tienda celeste (2 Cor 5, 2).

Al final de la oda confiesa el aedo al Señor Altísimo en el que, según dice, quedó justificado y hecho uno con El, por el Nombre del Señor, su Hijo, que es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6).

1. Brota de mi pecho la alabanza al Señor,  
porque soy suyo.
  2. Entono su cántico santo,  
porque mi corazón está junto a El.
  3. Su cítara está en mis manos  
y no silenciaré los cantos de su descanso.
  4. Gritaré con todo mi corazón,  
y le alabaré y ensalzaré con todos mis miembros.
  5. Desde el Oriente hasta el Ocaso,  
Suya es la alabanza,
  6. Desde el mediodía hasta el Septentrión,  
la glorificación es Suya;
  7. desde las altas cimas hasta sus profundidades,  
Suya es la perfección.
  8. ¿Quién es el que escribe los cantos del Señor?  
¿Quién es el que los recita?
  9. ¿Quién es el que se instruye para la vida  
y salvar su alma?
  10. ¿Quién es el que descansa en el Altísimo,  
de modo que El hable por su boca?
  11. ¿Quién puede interpretar las maravillas del Señor?  
Pues quien las interprete dejará de existir  
y solo permanecerá lo interpretado por él.
  12. Basta con saber y permanecer en reposo.  
Los cantores se mantienen en descanso,
  13. como el río que viene de una fuente abundante  
y corre en provecho de los que le buscan.  
Aleluya.
- 

25, 2 entono. Lit. hablo.

EL RIO SIN FIN

¿Por qué canta el aedo sus alabanzas al Señor?. De su pecho nace la alabanza porque su corazón no se aparta de El y no conoce otra forma de adoración que prosternarse ante el Señor y ensalzarle de forma incesante con todos sus miembros, glorificarle y contemplar su perfección.

Al empezar la alabanza son el Señor y él dos corazones juntos, pero luego, llevado por la fuerza de la alabanza, el corazón del aedo que adora se transforma y todo queda en ser un solo corazón, un corazón único que canta con el amor del Señor.

Desde entonces ya no hay el que escribe, ni el que recita, ni el que quería instruirse para salvar su alma, ni siquiera el que descansa, sino sólo el Señor, el Señor sólo, que habla por la boca del aedo.

Y hay que preguntarse: ¿Es la alabanza un camino para interpretar las maravillas del Señor? ¿O tal vez son la alabanza y su camino la maravilla? Porque cuando canta el intérprete, confundido su corazón en el corazón del Señor, es el corazón lo mismo que intentaba interpretar.

Cuando termina la alabanza, lo que queda es el reposo; como un río que corre tranquilo porque sabe que la fuente que le surte es inagotable y da agua siempre bienaventurada. Entonces, canta el aedo, como corre el río, en provecho de todos los sedientos que le necesitan. Como una corriente única y sin fin.

---

1. Extendí mis manos  
y santifiqué a mi Señor,
  2. porque la apertura de mis manos  
es su signo
  3. y mi extensión es el leño  
que se pone en pie.  
aleluya.
- 

27, 1 santifique. Od 42: me aproximé  
 2 apertura. Od 42: extensión.  
su signo. Otros: el signo.  
 3 el leño. Od 42: un simple leño.  
que se pone en pie . Od 42: colgado en el camino del justo.

LEÑO, MASTIL, CRUZ

Este texto del aedo no es propiamente una oda, sino la explicación de un proceso de contemplación, la descripción de una oración contemplativa, que puede ser practicada con independencia de cualquier oda, o bien antes de la recitación interiorizada de alguna de ellas. Tal es el caso de la oda 42 a la que sirve de introducción la misma meditación contemplativa que nos ocupa, con un texto en coincidencia casi literal.

La extensión de las manos es el gesto de obturación de los sentidos, para que ninguna impresión despierte en ellos una percepción de origen interno que vendría a perturbar la absoluta concentración interior que el orante pretende. Pero el gesto de la extensión de las manos es sólo una ayuda, un acto de orden superficial. Lo que importa es que todos los sentidos queden cerrados a la percepción del mundo para que la atención recaiga exclusivamente en el discurrir de los sentidos interiores, los ojos y oídos del conocimiento.

La santificación del Señor es la obra de aproximación al Señor que hay que cumplir para que el Señor, al que empezamos por invocar fuera de nosotros, lo recibamos al fin en la mirada de nuestro corazón. Esto es lo que propuso Jesús que realizáramos todos, según el Padrenuestro: Santificado sea tu nombre. El Nombre es el signo, la representación, y solo por el Nombre existe para nosotros y no es posible concebirla, la realidad representada. Por eso fue dicho: Alaben todos el nombre del Señor, porque su nombre es sublime (Sal 148, 13). El Apóstol lo confirma en sus fines de consumación soteriológica: Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará (Rm 10, 13; Hch 2, 21).

Por la práctica persistente y tenaz de la contemplación del Nombre, - y ésta es la meditación contemplativa, la oración profunda, - el nombre del Señor que conocemos se santifica poco a poco en el amor de nuestro corazón, hasta que al fin lo contemplamos santo, perfecto, el Santo Nombre que el Padre Altísimo hizo morar en nuestros corazones (Didacjé X, 2, 1). Santificar es elevar la representación del nombre, tarea que a cada uno le corresponde efectuar en sí mismo hasta que el nombre sea, en verdad, Santo Nombre por ser idéntico a la realidad que el nombre

representa. Quiere esto decir que lo que a la postre se santifica, cuando la identidad del nombre con el Señor ha sido consumada en nuestro corazón, no es solo el nombre, sino ante todo el Señor al que el corazón buscaba. Eso es lo que decía San Agustín: ¿A quién es al que amo cuando amo a mi Dios, sino al que está a la cabeza de mi alma? (Conf. XIII, 5, 6).

La elevación del Nombre mediante el trabajo ascensional de la oración contemplativa, tiene un itinerario interior por donde discurre la presencia del Nombre, y ese es el camino del alma hacia Dios. En el orden del corazón ese camino está hecho, según lo explicó Jesús, de negación de uno mismo, día a día (Lc 9, 23); y esa es la cruz, el leño que cada uno lleva sobre sí. Pero la negación que la vía del Señor pide solo es posible seguirla cuando el uno mismo es crucificado voluntariamente por amor a Dios, al prójimo y a todo, pues solo entonces Aquel que es Todo en todos puede ser contemplado como una totalidad de ser que permite cumplir al pie de la letra aquello que confiesa el Apóstol: Vivo, pero no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí (Gal 2, 20).

En línea paralela con este itinerario del corazón y en coincidencia con él, ya que no puede ser excluido porque es el fundamento de todo camino, descubre el aedo otra senda que sube la escala por sí sola mientras se elevan sus alabanzas. Esta vía, muy interior, pero de resonancias casi físicas, las localiza el cantor en sus miembros; su corazón abierto por la luz, su boca hecha para alzar la voz hasta El y alabarle, y sus labios resecaos que rebosan amor, son a manera de estaciones en donde tiene breve parada su conciencia que canta; pero el final del trayecto ascendente solo está en la cabeza, donde el signo de Dios, el sello de su Nombre, se instala con una presencia tan firme que no puede el aedo diferenciar todo lo que queda de ese sí mismo que niega, de aquella estrella de luz ante la que se prosterna. Cuanto más se niega a sí mismo el cantor, más brilla la estrella bienaventurada y ese equilibrio del ser y el no-ser parece que es la ley, el designio inmutable de Dios.

A este itinerario interior invisible recorrido por el aedo, ayudado por las pulsaciones de su propio salmodiar, es a lo que el aedo llama el leño. Lo que apenas explica con sus pocas palabras y hay que interpretarlo, es que por efecto de la extensión de sus manos se abrieron sus ojos y oídos del conocimiento y levantaron la conciencia, o bien, algo inexpresable que corrió a través de sus miembros, y el camino fue como un leño puesto en pie, o mejor, como un árbol sin raíces, colgado en el camino del justo, para que por él transite algo tan inaprensible y tan vasto a la vez, como el amor de Dios que busca a Dios.

Todo esto fue dicho en verdad en el cuarto evangelio, pero pocos lo entienden y menos aún lo miran:

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna (Jn 3, 14). Moisés, en efecto, hizo un abrasador de bronce y lo puso en un mástil (Nm 21, 9). Sin duda, ese es el leño del que habla el aedo: un mástil para elevar el sello de bronce pulido, en espejo, refulgente, del Señor y tener por él vida eterna.

---

1. Como las alas de la paloma están sobre sus polluelos  
y los picos de sus pichones miran hacia su pico,  
así están las alas del Espíritu sobre mi corazón.
2. Se alegra mi corazón y brinca de júbilo,  
como un niño que salta en el vientre de su madre.
3. He creído y por eso he encontrado el reposo,  
porque fiel es aquel en quien he creído.
4. Con bendición abundante me ha bendecido  
y mi cabeza va junto a El.
5. La espada no me separará de El,  
ni tampoco el sable;
6. porque me preparé antes de que ocurriera la destrucción  
y me puse bajo sus alas incorruptibles.
7. Llegó la vida inmortal  
y me besó.
8. De ella es el Espíritu que hay en mí  
y no puede morir porque es el Viviente.
9. Se maravillaron los que me vieron,  
después de haber sido perseguido.
10. Pensaron que había sido tragado  
y me contaron entre los perdidos;
11. pero mi opresión  
fue mi salvación.
12. Me convertí en su escoria,  
pero no había en mí envidia,
13. y puesto que yo hacía el bien a todos  
he sido odiado.
14. Me rodearon como perros rabiosos  
los que, sin conocimiento, marchaban contra su Señor.
15. Porque estaba corrompida su inteligencia  
y pervertido su pensamiento
16. pero yo mantenía el agua en mi diestra  
y compensé su amargura con mi dulzura.
17. No perecí porque no era su hermano  
y mi nacimiento no fue como el de ellos.
18. Buscaron mi muerte, pero no lo consiguieron,  
porque yo era más viejo que su memoria.

19. Los que detrás de mí venían,  
buscaron en vano destruir al que era anterior a ellos.
20. No es posible anticipar el pensamiento del Altísimo,  
porque su corazón es más vasto que toda sabiduría.  
Aleluya.
- 

- 28, 1 picos. Lit. bocas.  
4 abundante. Otros: gran.  
junto a El. Otros: hacia El.  
6 ocurriera. Otros: existiera.  
7 llegó. Otros: me abrazó  
8 el Viviente. Otros: la vida  
16 compensé. Otros: soporté, olvidé.

## LA ESCISIÓN DEL ALMA

Una vez más canta el aedo su alabanza al Espíritu que está sobre su corazón (Is 61, 1); pero esta vez lo hace en alusión directa al bautismo de Jesús, del Señor Mesías, según el relato evangélico, y se goza de que las alas del Espíritu de Dios en su forma corporal de paloma están sobre él siempre, sin ausencia alguna. Las alas sirven para explicar el poder y la gloria que trae el Hijo cuando se descubre su presencia (Mc 13, 26). Un ala, el poder, es la Vida suya, la del Espíritu y otra, la sabiduría, es la gloria del Hijo. Según lo canta el aedo, ambas alas son el alimento de leche y miel para los pichones recién nacidos, la mezcla que el Espíritu hace con la leche dulce y suave que ordeña de los pechos del Padre. En cuanto alimento transformador, este es el maná que el hombre purificado recibe en unción decretada por Dios para el nacimiento de todo mesías.

Como es un pichón fiel, no aparta el aedo sus ojos del pico de la paloma y, mientras, en su seno de varón brinca su corazón de gozo, pues recuerda la sentencia del Apóstol: Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la unión con su Hijo (1 Cor 1, 9). Por esta fidelidad ha entrado el aedo en el reposo de los que han creído (Hb 4, 3) y se ha levantado en el interior de sí mismo el amor de Dios, como un leño en el camino del justo, hasta la altura de la cabeza, y ahora vive junto al Señor, puesto que la cabeza de todo hombre es Cristo (1 Cor 11, 3).

Los cantos del aedo hay que interpretarlos y no siempre es tarea grata despojarlos de su hermoso pedestal de poesía y amor. Cuando dice que ni la espada, ni el sable le separarán de El, alude el cantor a un texto del Apóstol: Tomad el yelmo de salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios (Ef. 6, 17). Pablo interpretaba la Palabra de Dios como una espada que se clava en el alma y profundiza en ella al tiempo que sirve para escudriñar todo pensamiento y dejar al descubierto las intenciones del corazón. Pero además de ser espada, la Palabra de Dios es sable con el espíritu y produce la escisión: por un lado, el alma con sus intenciones y pensamientos, y por otro, el espíritu, la esencia pura y nunca contaminada del alma. El autor de la epístola a los hebreos, buen epígono, a lo que parece, de la primitiva comunidad paulina, dice de esto que la Palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que espada de dos filos, y penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu (Hb 4, 12).

Cuando llega la destrucción, la escisión del alma, que el aedo menciona (v. 6), hay que ponerse bajo las alas incorruptibles del Espíritu, pues ese es el camino del justo, el que eligió el aedo, para ser un hombre completo, realizado, en el que la totalidad de su ser se compone no de sólo alma y cuerpo como hasta entonces, sino además, de espíritu. Esto lo decía el Apóstol: Que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha (1 Ts 5, 23).

En el lenguaje sacralizado del cuarto evangelio, cuando el ser, desde su alta posición de espíritu independiente y libre de su cautiverio, puede contemplar las actividades del alma, se dice que ha nacido de lo alto, del Espíritu (Jn 3, 3.8). Todo eso equivale, en efecto, ante la conciencia, como un volver a nacer; pero lo que nace no es en modo alguno un hermano de las temporales pasiones del alma, que el aedo, en pos de las formas expresivas tradicionales del salterio, describe, en figura, como perros rabiosos y enemigos que desde su mediocridad de abajo odian o rechazan lo que es de arriba. Lo que nace en verdad es el ser eterno, incorruptible, del que no es posible que tenga memoria el alma, porque es preexistente, y uno desde el principio con el Espíritu de Dios.

Al ser absoluto, el uno mismo puro y sin mancha, lo describe Pablo como el último Adán, espíritu que da vida (1 Cor 15, 45), y agrega que el Espíritu se une al fin, a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (Rm 8, 16). Juan el Bautista descubre y declara a éste último Adán, llamado a ser uno con el Espíritu de Dios, cuando exclama: Viene un hombre detrás de mí que se ha puesto delante de mí (Jn 1, 30).

1. El Señor es mi esperanza  
y no seré confundido en El.
2. Según su gloria me hizo  
y según su gracia así me otorgó.
3. Según su misericordia me elevó  
y según la grandeza de su hermosura me exaltó.
4. Me hizo subir de las profundidades del seol  
y de la boca de la muerte me arrebató.
5. Humilló a mis enemigos  
y me justificó con su gracia.
6. He creído en el Mesías del Señor  
y he visto que es el Señor.
7. Me ha mostrado su señal  
y me ha conducido con su Luz.
8. Me dió el cetro de su poder  
para que sometiera el pensamiento de la gente  
y humillase el vigor de los fuertes;
9. para que hiciese la guerra con su Palabra  
y consiguiese la victoria por su poder.
10. El Señor arrojó por su Palabra a mi enemigo  
y fue como polvo que se lleva el viento.
11. Yo dí alabanza al Altísimo,  
porque engrandeció a su siervo y al hijo de su sierva.
12. Aleluya.

---

29, 6 he visto: o he comprobado.

EL MAGNIFICAT DEL AEDO

Alaba el aedo al Altísimo, porque engrandeció su alma con el nacido del Espíritu.

1. Mi alma te alaba, oh Altísimo,  
porque en la humildad de tu sierva pusiste los ojos  
para engrandecerla (Lc 1, 48).
2. Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada (Lc 1, 48),  
porque el trono de tu gloria me has dado en heredad (IS 2, 8).
3. Tu misericordia alcanza de generación en generación  
a todos los que te temen (Lc 1, 50);  
y a mi alma le diste tu grandeza para elevarla.
4. El Señor nos resucita con su poder (1 Cor 6, 14);  
da muerte y vida, hace bajar al seol y retornar (1 S 2, 6);  
hace maravillas el Poderoso. Santo es su Nombre (Lc 1, 49).
5. Dispensa a los que son soberbios en su corazón  
y exalta a los humildes (Lc 1, 51-52).
6. Bienaventurado soy porque creí sin ver (Jn 20, 29  
y he visto después de creer.
7. Apareció en mi frente la señal del Hijo (Mt 24, 30)  
y permitió que su gloria me envolviera en su Luz (Lc 2, 9).
8. El poder del Altísimo me cubrió con su sombra de  
Vida (Lc 1, 35), pues el Señor extendió el cetro de  
su poder (Sal 110, 2)  
y quebró el arco de los fuertes (IS 2, 4).
9. La Palabra del Altísimo hace cesar las guerras de  
las almas en cualquier lugar de la tierra (Sal 46, 10).
10. Mi alma quedó limpia según la Palabra que le fue  
anunciada (Jn 15, 3) y lo impuro mostró ser solo  
paja que el viento se lleva (Mt 3, 12).
11. Mi alma dijo: He aquí la sierva del Señor,  
hágase en mí según tu palabra (Lc 1, 38);  
y tú engrandeciste mi alma con el hijo de tu sierva.  
Aleluya.

1. Sacad agua viva de la fuente del Señor,  
porque está abierta para vosotros.
2. Venid todos, los sedientos, bebed  
y descansad en la fuente del Señor.
3. porque es bella y pura  
y trae reposo al alma.
4. Más agradable que la miel es su agua,  
no comparable a ella el panal de las abejas,
5. porque de los labios del Señor salió  
y del corazón del Señor es su nombre.
6. Fluye infinita e invisible  
y hasta que se la encuentra en el medio no es conocida.
7. Bienaventurados los que de ella han bebido  
y en ella han reposado.  
Aleluya.

---

30, 1 sacad. Otros: Llenaos de  
agua viva de la fuente. Otros: agua de la fuente viva.  
2. bebed. Otros: tomad bebida.

### LA FUENTE DEL SEÑOR

El agua viva y el agua del conocimiento son dos aguas distintas sacadas del numen poético de los hagiógrafos testamentarios. Es el Espíritu el que mezcla ambas aguas del Padre para alimento del que cree en el Señor porque le ama y le ama porque cree en El. Al principio consiste esta mezcla en leche y miel para recién nacidos, pero luego, según llega la transformación, es Vida y Sabiduría – poder y gloria, - que sirven al crecimiento de un nuevo hombre Superior, no cautivo, un hijo del día, que para consumir la unción pone al Señor Mesías como si fuera una corona, o una estrella, sobre su cabeza.

El agua del conocimiento ya la cantó el aedo como un río que sólo es un arroyo cuando nace, pero que luego lo inunda y arrastra todo, para que todo vuelva al mismo Lugar Santo que vió su origen (OdSI 6). Con esto se explica una vez más que el alfa y la omega, el Principio y el Fin, son una sola y misma cosa en el corazón atemporal del Señor, aunque en el corazón limitado del hombre el Principio es el trabajo del obrero y el Fin su salario.

La expresión más conocida de estas aguas, que son la Gloria de Dios, es debida a Ezequiel, pero el autor del Apocalipsis la repite varias veces y con eso le da sello neotestamentario: Llegaba -dice,- como el ruido de grandes aguas y la tierra resplandecía de su Gloria (Ez 43, 2; Ap 1, 15).

Sin embargo, el agua viva, llamada así porque sacia la sed de vida eterna, suele ser sacada de un pozo (el pozo es siempre figura esencial del alma), en el que reside el Señor, pues ese es su Lugar Santo. El protoisaías explicó esto con su peculiar estilo poético y preciso a la par: Sacaréis agua con gozo de los hontanares de salvación (Is 12, 3). El agua viva no corre por los ríos del mundo y hay que sacarla poco a poco cuando el agua de lo mortal, el agua que permite vivir hacia la muerte, es desechada; entonces, cada muerte al mundo, al uno mismo, es por sí misma un sorbo de vida verdadera tomada de la fuente del Señor.

En el cuarto evangelio, el alma que intenta sacar agua de vida de un pozo inapropiado pues solo proporciona agua para la muerte, está representada por la mujer de Samaría, a la que Jesús endereza hacia la verdadera fuente de la vida (Jn cáp4). La explicación joanea es mucho más completa que la que trae aquí nuestro aedo, pero no difiere en nada: La fuente de la vida está en el Señor. Según dice el aedo, fluye infinita e invisible y nadie la conoce –nadie la reconoce o la posee-, hasta que la encuentra en el medio, es decir, en el alma ( v. 6). Los que beben de esta agua viva, calman su inquietud ante la muerte y ya no tienen más sed de vida, porque conocen en sí mismos este manantial que siempre fue llamado de paz, de descanso, porque es el reposo del Señor (Hb 4, 3; Sal 95, 11).

Entonces sí que puede decirse que del seno del alma, del Señor que allí habita y de quien el que cree se ha revestido, correrán ríos de agua viva (Jn 7, 38).

---

1. Se licuaron ante el Señor los abismos  
y a su vista se disiparon las tinieblas.
2. La ignorancia anduvo errante y pereció por El,  
y la insensatez no encontró el camino;  
se desvaneció ante la verdad del Señor.
3. Abrió su boca y repartió gracia y alegría  
con una nueva alabanza a su nombre.
4. Levantó su voz al Altísimo  
y le ofreció como hijos a los que por su mano lo fueron.
5. Su rostro fue justificado  
porque así se lo concedió su santo Padre.
6. Salid los que estáis oprimidos  
y recibid la alegría.
7. Poseéos a vosotros mismos por la gracia  
y recibid la vida inmortal.
8. Me condenaron cuando estaba en pie,  
aunque no había sido culpable.
9. Se repartieron mis despojos,  
aunque no les debía nada.
10. Soporté y guardé silencio,  
como si nada me afectara.
11. Permanecí en pie, inconmovible, como una roca  
que se mantiene cuando es golpeada por las olas.
12. Recibí su amargura con humildad,  
para salvar a mi pueblo y adquirirlo en heredad.
13. Para que se cumplieran las promesas hechas a los patriarcas  
para la salvación de su semilla.  
Aleluya.

---

31, 2 ignorancia. Otros: error // 3 repartió. Otros: profirió  
4 por sus manos (Lit.). Otros: por su medio.  
5 rostro, o persona. // 8 estaba. Lit: me puse.  
11 Permanecí. Otros: me puse.  
13 semilla. (lit.). Otros: descendencia.

LOS HIJOS DE LA PROMESA

Anuncia el aedo que la promesa hecha por Dios a los primeros padres, según la Escritura, ha tenido cumplimiento en él, pues sus ojos han visto la salvación que el Señor preparó para su pueblo. Confirma en sí mismo que todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios (Rm 8, 14); pero no son estos hijos según la carne, porque los hijos de la promesa se cuentan como descendencia en Espíritu. Así es como se escribió en el Salmo: Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy (Sal 2, 7). También dijo eso mismo Pedro en su primer discurso apostólico: La Promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y también para los que (aún) están lejos (de Dios). Para cuantos llame el Señor Dios nuestro (Hch 2, 39).

Los efectos de la salvación por la presencia del hijo del Espíritu nacido en el seno del alma virginal, no se hicieron esperar. Vió licuarse los abismos que se interponen entre el Reino de Dios y el mundo, ahora sus ojos del conocimiento traspasan el firmamento interior con una mirada nueva. Las tinieblas que eran la nada anterior a la creación se disiparon, pues la única verdad desde el principio es la Luz: Es verdadero en El y en vosotros: las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya (desde el principio) (1 Jun 2, 8).

La ignorancia había excluído al aedo de la vida de Dios, pero la verdad del Señor desvaneció la ignorancia y dejó al aedo exento de la ley del mundo y libre para entrar en el reino de la gracia (Rm 6, 14) que sobre él derramó el Señor. Recibió el gozo del Señor, que fue para él gozo colmado (Jn 15, 11). Elevo alabanzas al Altísimo por la obra de sus manos, pues hizo a todos sus hijos; y confesó que suyos son. Se prosternó ante el Padre, y su rostro, que se había manifestado en la carne, quedó justificado en el Espíritu (1 Tim 3, 16).

Pidió a los oprimidos, los elegidos, que salieran a la libertad para entrar en el gozo del Señor; que tomaran posesión del sí mismo puro y sin mancha, para ser salvados por la gracia (Ef 2, 5). El había sido un condenado sin culpa, como todos, y ahora, para ser perfecto tenía que abandonar sus vestidos; sólo así podría permanecer entre los perfectos, en pie, pues por eso fue dicho: el que crea estar en pie (firme, sin pecado), mire no caiga (1 Cor 10,12).

Transformó en humildad la amargura del mundo, en silencio. Bebió sin cesar de la roca del Espíritu que con él iba, como Cabeza, porque la roca era el Señor Mesías, la Luz de la altura. Y así es como pudo salvarse y recibir la herencia a la que tenía derecho (Gál 3, 29).

Por último, elevó alabanzas para que todo el pueblo de Dios encontrara como él la salvación; sabía que según había dicho el Apóstol: La creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios (Rm 8,19).

---

1. La alegría de los bienaventurados viene de su corazón,  
la Luz es de aquel que mora en ellos,
2. y la Palabra, procede, de la verdad de sí misma;
3. porque se fortaleció con la fuerza santa del Altísimo  
y no se conmueve por los siglos de los siglos.  
Aleluya.

---

32, 2 procede de la verdad de sí misma. Otros: de la verdad  
que de sí misma procede.

LA FUERZA SANTA DEL ALTISIMO

Todo lo que nombra aquí el aedo, alegría, Luz, Palabra, está en el hombre, uno con su espíritu desde la eternidad e incommovible para siempre.

La Palabra, que era Dios y estaba en Dios en el principio, puso su Morada en el hombre y en él está, en el Lugar Santo, o corazón de Dios, que debe ser descubierto. La Palabra es la verdad que procede de sí misma y de quien todo procede (Jn 1, 2.14; Ef 1, 13).

La Luz verdadera es la Palabra en cuanto ilumina a todo hombre desde dentro de su corazón (Jn 1, 9).

Y la alegría está en el corazón del hombre, puesto que es la Palabra, pero solo aparece como alegría cuando el hombre descubre por la Luz verdadera que la Palabra habita en él. Entonces, se dice : Se alegrará vuestro corazón y nadie os podrá quitar vuestra alegría (Jn 16, 22).

La alegría, la Luz y la Palabra, tienen la fuerza santa del Altísimo y nadie podrá moverlas del corazón de Dios en el hombre.

Aleluya.

1. La gracia se ha apresurado de nuevo y ha descendido para rechazar la corrupción hasta aniquilarla.
2. Hizo perecer la corrupción ante sí, destruyó sus fundamentos.
3. Se elevó a una alta cima y lanzó su voz desde un extremo al otro de la tierra.
4. Atrajo hacia sí a los que obedecieron y no la tuvieron por mala.
5. Entonces la virgen perfecta se puso en pie y proclamó a gritos, diciendo:
6. Oh hijos de los hombres, convertíos, y vosotras sus hijas, venid.
7. Abandonad los caminos de corrupción acercaos a mí.
8. Entraré en vosotros, os sacaré de la destrucción y os haré sabios en los caminos de la verdad.
9. No seréis destruidos, no pereceréis.
10. Escuchadme y sed salvos; os proclamo la gracia de Dios,
11. y por mí os salvaréis y seréis bienaventurados. Yo soy vuestro juez:
12. Los que se revistan de mí no sufrirán injuria, sino que obtendrán en el mundo nuevo lo imperecedero.
13. Mis elegidos caminan en mí  
Y mis caminos los conocen los que me buscan,  
Porque confían en mi nombre.  
Aleluya.

---

33, 2 corrupción. Otros: perdición.

6 Oh hijos de los hombres. Oh hombres.

vosotras sus hijas. (lit.) Otros: vosotros sus hijos.

10 sed (lit.) Otros: seréis.

13 en mí. (lit.) Otros: conmigo.

### EL ROCÍO DE LA GRACIA

El descenso de la gracia solo es posible con el Hijo preexistente, eterno, único, pues es El, desde el principio y así será hasta el fin, quien lleva al corazón del hombre que rebosa amor por la fe, el rocío de la gracia y la verdad que son su testimonio (Jn 1, 17). Cuando el Hijo, que es fuego del Padre que devora, es descubierto en el corazón, se enciende, porque ese es su bautismo de vida (Lc 12, 49), y da cumplimiento a su obra con espada, que consiste en aniquilar desde su raíz todo lo que es corruptible en el hombre completo. En tal ocasión, se eleva la gracia hasta la cima de aquellos que la recibieron, para que se oiga su voz en todos los lugares y puedan otras almas virginales convertirse en siervas del Señor.

La virgen a la que dirige ahora sus alabanzas el aedo es la virgen perfecta, el alma sin mancha, que se puso en pie a la perfección para concebir y dar a luz, hasta su plenitud, toda la gracia y la verdad que están en El. Así es como se manifestó el Hijo en la plenitud de su gloria, para que todos pudieran recibir como gracia en sí mismos la gracia única que está en el Hijo único (ver: Jn 1, 14.16). El autor del cuarto evangelio dice que la gracia y la verdad nos llegaron por Jesucristo, y el aedo dice lo mismo, pero le llama el Señor Mesías.

Después, da testimonio el aedo del Evangelio de la gracia de Dios (Hch 20, 24), proclamado por el Señor Mesías. A los hombres, recomienda conversión sobre sí mismos, vigilar, estar atentos; y a las almas, las hijas de los hombres en espíritu, les pide transitar por los caminos de lo incorruptible, acercarse al Hijo único hasta descubrirlo en la esencia de sí mismas.

La gran promesa del Hijo, la que se cumple en todo hombre al nacer, es entrar en nosotros, poner en nosotros su Morada, para que podamos ser sabios y conocer la verdad. Todo eso lo confirma el Apóstol que, sin duda, consumó con su muerte en Cristo la destrucción de lo incorruptible: Aquél que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo (Gál 1, 15).

El que revela al Hijo que mora en él, entra en el camino incorruptible, bajo la gracia de Dios y es salvo, pues ese es el mundo nuevo de la inmortalidad. Es un elegido de Dios que tuvo fe en su Nombre. Como dijo el Apóstol: El que murió en Cristo y con El vive no está ya bajo el dominio del pecado, sino bajo el de la gracia (Rm 6, 14).

---

1. No hay camino duro donde hay un corazón limpio,  
ni obstáculo en los pensamientos rectos,
2. ni tempestad en la hondura  
de un pensamiento iluminado.
3. Cuando se está en un lugar hermoso  
todo participa de la misma armonía.
4. Semejante a lo que hay abajo  
es lo que hay arriba;
5. porque todo está arriba y nada hay abajo,  
aunque así no lo entiendan los faltos de conocimiento.
6. La gracia fue revelada para nuestra salvación.  
Creed, vivid y salvaos.  
Aleluya.

- 
- 34, 1 limpio. Otros: simple.  
obstáculo. Otros: barrera, o herida.
- 3 cuando. Otros: donde.  
de la misma armonía. Otros: nada es discordante.
- 4 Semejante a. Otros: Modelo de.
- 5 no lo entiendan. Otros: Les parezca a.

LA ARMONIA DEL MUNDO

Este cántico del aedo puede parecer a muchos la expresión de una corriente no cristiana, pero en verdad encierra un pensamiento del más puro cristianismo primitivo que conviene revisar, porque fue explicado por el Apóstol en una obra tan básica como la epístola a los romanos. Es cierto - dice Pablo, - que lo invisible de Dios desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras, pero también es cierto que muchos que se jactan de sabios se ofuscan en vanos razonamientos y parecen haberse vuelto estúpidos, pues no ven la gloria de Dios incorruptible (lo que hay arriba), y sólo la representación de esa gloria en formas corruptibles: hombres, aves, cuadrúpedos, etc ... (lo que hay abajo). En consecuencia, cambian la verdad de Dios (el todo que está arriba), por la mentira (la nada que hay abajo, puesto que en Dios no hay mentira); adoran a la criatura en vez de amar al Creador –el todo en todo (1 Cor 15, 28),- que es bendito por los siglos. (Lectura libre de Rm 1, 20-25. Lo escrito entre paréntesis corresponde a los vv. 4-5 de la oda 34).

El aedo piensa con el Apóstol que el Cuerpo (del Señor Mesías), es la Plenitud que lo llena todo en todo (Ef 1, 23) y explica que el camino para llegar a esa contemplación de Dios como todo en todo, es un camino duro, difícil, pero abierto a los limpios de corazón, porque la armonía del mundo es sólo una y la misma, cualquiera que sea el lugar que se contemple.

---

1. La suave lluvia del Señor me ha cubierto mansamente  
y ha puesto una nube de paz sobre mi cabeza,
2. para que me guarde en todo tiempo  
y sea para mí la salvación.
3. Donde todo se conmueve y agita  
y es como un humo con olor de muerte,
4. ha sido El para mí mucho más que una sombra o leve fundamento  
y me ha mantenido tranquilo en el precepto del Señor.
5. Fui llevado como un niño por su madre  
y el rocío del Señor me dió leche.
6. Gracias a su don crecí  
y en su perfección hallé reposo.
7. Extendí mis manos para la ascensión de mi alma;
8. me dirigí al Altísimo y fui salvado junto a El.  
Aleluya.

---

35, 1 sobre. Otros: encima de.

3 de muerte (conjetural) . Otros: nauseabundo (conjetural).

4 leve. Otros: cualquier.

LA NUBE

Describe el aedo en figura su estado espiritual (vv. 1-6). La lluvia suave es la unción del Espíritu, el rocío de la gracia, que le cubre mansamente; y la nube, es la gloria del Señor, en forma de nube, que llena su Morada y alumbra el camino. (Cf. Ex 13, 21; 16, 10; 40.34; Neh 9, 12).

Cuentan los evangelistas sinópticos que durante el tiempo de la transfiguración – y eso es precisamente lo que describe el aedo, - vino una nube sobre los discípulos y los cubrió con su sombra (Lc 9, 34), la sombra que viene del Altísimo y que antes había cubierto a la virgen perfecta (Lc 1 ,35). La nube guió el caminar del aedo y le guardó mientras andaba desde el humo de la muerte hasta la claridad de la salvación y gracias a los dones que el Señor le otorgó con su sombra, pudo crecer y halló reposo en la perfección.

Después de considerar bien su estado, extendió sus manos el aedo, una vez más ( ver OdSI, 27), para que los sonidos y luces del mundo no entorpecieran la actividad de sus sentidos interiores despiertos para la ascensión de su conciencia.

No menciona el aedo si en tal ocasión se rasgó la nube – o el velo del Templo, - para que pudiera atravesar el mar (1 Cor 10,1); tampoco dice si se oyó la voz del Altísimo que se complacía en su nuevo y humilde hijo.

-----

1. Descansé en el Espíritu del Señor  
y El me elevó a lo alto.
2. Me restableció sobre mis pies a la altura del Señor,  
en su perfección y gloria,  
mientras yo le alababa con sus cánticos.
3. Me engendró ante la faz del Señor  
y puesto que yo era un Hijo del hombre  
fui llamado Luz, Hijo de Dios.
4. Ahora yo alabo con los que alaban  
y soy grande entre los grandes,
5. porque según la grandeza del Altísimo, así me creó  
y según su renovación me renovó.
6. El Altísimo me ungió con su perfección  
y fui uno de los que están junto a El.
7. Se abrió mi boca como una nube de rocío  
y mi corazón exhaló justicia.
8. Mi presencia fue en paz
9. y quedé firme en el Espíritu del Señor.  
Aleluya.

---

36, 3 puesto que. Otros: aunque  
Hijo de hombre. (lit.) Otros: hombre.  
8 del Señor. Otros: de Providencia, de señorío.

EL HIJO DEL HOMBRE

Cuenta el aedo cómo se produjo su ascensión en el Señor. Descansó, se entregó, dejó de ser como había sido y se humilló pues era un siervo del Señor. Entonces, el Espíritu de Dios le elevó sobre sus pies, firme, perfecto, con la misma perfección y gloria del Señor.

Fue engendrado del Espíritu, y por eso el Señor, desde el seno materno le llamó (Is 49, 1), y fue un Hijo de hombre como algunos profetas, y como tal llamado Luz, porque era una gota de Luz en Luz, y proclamado Hijo de Dios, porque era un Hijo de Dios en el hombre.

Ahora su obra es alabar porque ese es el amor de su corazón, y está entre los que aman y alaban y son grandes por eso. A semejanza de la grandeza del Altísimo, ha sido renovado en Hombre Nuevo, resucitado en el Señor, recreado según Dios y revestido en la justicia y santidad de la verdad (Ef 4, 23), hasta ser una sola unidad en el Cuerpo del Señor.

Cuando su boca se abre, sale de su corazón unción de justicia, porque tuvo hambre de justicia y ahora se cuenta entre los justos. Su presencia exhala paz que puede dar y dejarla en quien ama, y se mantiene firme, perfecto, de pie, en el señorío del Espíritu.

---

1. Extendí mis manos hacia el Señor  
y elevé mi voz hasta el Altísimo.
  2. Hablé con los labios de mi corazón  
y me oyó cuando cayó mi voz en El.
  3. Su palabra vino a mí  
y me entregó los frutos de mis trabajos.
  4. Me dio el reposo con la gracia del Señor.  
Aleluya.
-

## LOS FRUTOS DEL TRABAJO

Cuenta el aedo dice que extendió sus manos, hay que entender que se prepara para un viaje en espíritu, por el cual efectúa su conciencia una desvestición de todo recipiente de barro o mental que le impida entrar en comunicación completa con el Señor. Por eso dice que su extensión de manos es hacia el Señor, pues El es el camino, y también la verdad y la vida que busca. En cuanto a elevar la voz hasta el Altísimo, es una manera de decir en figura que su propósito era llegar a la desnudez pura a fuerza de no identificarse con nada, de no ser nada, que no sea el amor del Altísimo, puesto que Dios es amor (1 Jn 4, 8).

Pero no solo hay un recipiente de barro, que llamamos cuerpo, sino también otro hecho de pensamientos, de recuerdos acumulados, de pasiones y esperanzas del mundo, de los que la conciencia se reviste a diario, como de una capa de nubes que se interpone entre Dios y el hombre, y que es tanto más profunda e impermeable cuanto más identificación hay con ella.

Una vez desvestido el aedo de esa envoltura o firmamento interior, invisible, salió la voz de los labios de su corazón, sin palabras ni pensamientos temporales, porque los labios del corazón son mudos y sólo conocen el silencio de la oración perfecta, hecha no de palabras, sino de renunciación de uno mismo y de comunión con el Padre. Según dice el aedo, esa fue la voz, la oración pura que cayó en el Altísimo y que el Altísimo oyó.

Los trabajos del aedo, que vienen descritos en sus odas, han consistido en ser un camino para levantar al Hijo del hombre (Jn 3, 14); y si en el cuarto evangelio se dijo que el Hijo del hombre está en el cielo (Jn 3, 13), eso significa que la voz de los labios del corazón debe ser emitida desde la misma altura de desnudez, para que la voz esté en pie y sea perfecta como lo es el Hijo del hombre. Cuando la voz que sale de esos labios, hecha sólo de amor, llega al Hijo del hombre, puede decir de sí misma: yo soy un Hijo del hombre (OdSI 36, 3).

Todo esto es lo que explica el aedo cuando dice que Su Palabra, la del Altísimo, vino a él; y si dice que fue llamado Luz, es porque la Palabra es la Luz verdadera (Jn 1, 9), una Luz que solo se descubre como fruto de muchos trabajos de purificación del alma, de negación de uno mismo (pues esa es la cruz), de amor a todo y a todos, de contemplar a Dios, en verdad, como Todo en todos.

Cuando la Palabra llegó a la conciencia trabajada del aedo, estaba preparado para recibirla, limpio de sangre, carne o deseo de hombre que le impidiera a la Palabra poner en él su Morada y hacerle hijo de Dios (Jn 1, 11). Por eso dice el aedo que tuvo el reposo de Dios que llega como final del trayecto.

Como miembro verdadero del Cuerpo espiritual del que es Cabeza el Señor Mesías, fue partícipe el aedo para siempre de la gracia del Hijo de Dios.

---

1. Subí a la luz de la verdad como una carroza  
y la verdad me condujo y me hizo venir.
2. Pasé con ella quebradas y abismos  
y de peñas y olas me salvó.
3. Fue para mí un puerto de salvación  
que me puso en los brazos de la vida inmortal.
4. Caminó conmigo sin dejar que errase  
y por ella descansé, porque era y es la verdad.
5. No corrí peligro, porque iba con ella;  
no erré en nada, porque yo obedecía.
6. El error huía de ella  
y no tropezaba.
7. La verdad iba por el camino recto  
y todo lo que yo no conocía me mostró:
8. Los venenos del error,  
los suplicios mortales que son imaginados con dulzura.
9. Al corrompido seductor he visto,  
cuando se adornaba como novio de la novia corruptora.
10. Pregunté a la verdad. ¿Quiénes son éstos?  
y me dijo: El seductor y la seducción.
11. Imitan al Amado y su novia,  
conducen el error al mundo y lo corrompen.
12. Invitan a muchos al banquete nupcial  
y les dan a beber el vino de la embriaguez.
13. Les hacen vomitar su sabiduría  
hasta que pierden el sentido.
14. Entonces los abandonan  
dando vueltas, rabiosos y corrompidos.
15. Ya no tienen corazón  
y ni siquiera lo buscan.
16. Pero yo recibí sabiduría para no caer en manos de los seductores  
y me alegré por mi alma de que hubiera venido conmigo la verdad.
17. Fui establecido con firmeza y viví y fui redimido  
por la mano del Señor que me plantó y puso mis fundamentos.

18. El plantó la raíz y la regó, la afirmó y la bendijo,  
y sus frutos son para la eternidad.
  19. Cavó hasta lo más profundo y luego hizo que creciera  
y me engrandeciese hasta la plenitud.
  20. Sólo el Señor merece alabanzas,  
por su plantación y cultivo,
  21. por el cuidado y bendición de sus labios,  
por la hermosura de la plantación de su diestra,
  22. por el logro de su plantación  
y por la sabiduría de su pensamiento.  
Aleluya.
- 

- 38, 2 olas. Otros: barrancos.
- 3 puerto. Otros: lugar.
- brazos. Otros: pasos.
- 5 corrí. Otros: fue para mí un.
- 8 los suplicios mortales. Otros: los atractivos imaginables.
- 9 seductor. Otros: corruptor.
- 10 la seducción. Otros: el error.
- 11 Imitan. Otros: Se parecen.
- 14 rabiosos y corrompidos. Otros: furiosos y malhechores.
- 19 me engrandeciese hasta la plenitud. Otros: me llenase y fuese  
magnífica.
- 22 el logro. (lit.). Otros: la hermosura.

YO SOY LA VERDAD

La verdad que condujo al corazón del aedo en su ascensión desde la altura y desde la que ahora recita su oda, es la Verdad del Señor Mesías que está en él, tal como estaba en el Apóstol: ¡Por la verdad de Cristo que está en mí! (2 Cor 11, 10). Por eso, cuando el aedo dice: Verdad, hay que entender que dice: Señor Mesías. Ese es el sentido pleno que tiene la afirmación del Cristo preexistente cuando, según el cuarto evangelio, dice: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí (Jn 14, 6). El Camino que quiere seguir el aedo es el que lleva al Padre, porque el Camino es el Hijo que está en él, como también estaba en el Apóstol. Como es el Hijo el que le conduce, dice el aedo que se ha subido a la luz de la Verdad, que es el Hijo; y la altura en la que ahora está es la de la Vida incorruptible que viene del Padre y que el Hijo tiene y le da al aedo porque le ama y puede darla porque El es la Vida. Todo eso lo recuerda Pablo en el salmo: Subiendo a la altura, llevó cánticos y dio dones a los hombres (Ef 4, 8; Sal 68, 19).

Desde su nueva etapa de cautivo del Señor Mesías contempla el aedo en perspectiva lo que él había sido antes de que el Apóstol le enseñara, conforme a la verdad de Jesús a despojarse del hombre viejo, - el hombre primero, natural, alma vivificada, -. Vió que la mayor parte de los hombres se mantienen revestidos, sin saberlo, del hombre viejo al que el aedo califica de corrompido seductor que, como esclavo de la seducción, suele adornarse del error, la novia corruptora que ama y con la que se une. Así es como el hombre viejo se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias (Ef 4, 21-22).

De este seductor y de esta seducción, dice el aedo que imitan al Amado y a su novia, y con ello ejemplifica un pasaje de la epístola a los efesios que sin duda ha estudiado y de la que se sirve como fundamento para la semblanza que expone en esta oda: (Habéis sido enseñados) a renovar el espíritu de vuestra mente y a revestiros del Hombre Nuevo según Dios, en la justicia y santidad de la verdad. (Ef 4, 23-24). Este Hombre Nuevo es el hombre segundo, espíritu que da vida. De él se dijo en el salmo: No permitas que tu santo experimente la corrupción (Hch 2, 27; Sal 16,10); y en efecto, este Hombre, sólo espíritu, es incorruptible, porque es inmortal.

En cuanto al Amado y su novia y a quienes puedan ser, también lo explicó el Apóstol, pues una vez dijo a sus miembros comunitarios del Camino: Os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen a Cristo (2 Cor 11, 2).

Todo lo que se dice en la oda desde el v.16, es la alabanza que recita el aedo, porque la Verdad –el Señor Mesías,- caminó con él hasta la redención. Tuvo mucho que regar y cavar el aedo en sí mismo, para progresar en su camino de siervo del Señor y alumbrar la luz del Espíritu, la planta incorruptible que el Padre plantó: pero hoy es un cantor bienaventurado que alaba al Señor por su plantación y cultivo.

Toda la dificultad consistió en llegar a saber que es Dios quien hace crecer y luego practica la Verdad completa: el que planta y el que riega (la carroza y el que sube en ella), son una misma cosa (1 Cor 3, 8).

---

1. La fuerza del Señor es como ríos caudalosos  
que arrastran cabeza abajo a quienes los desprecian,
2. a quienes obstruyen sus pasos  
y entorpecen su curso.
3. Sus ríos arrebatan sus cuerpos  
y acaban con sus vidas;
4. porque son más rápidos que el relámpago,  
más ligeros que ellos.
5. Pero los que pasan con fe,  
no serán conmovidos;
6. los que caminan sin falta,  
no serán turbados;
7. porque hay en ellos una señal, el Señor,  
y la señal es el camino para los que van en su nombre.
8. Revestíos del nombre del Altísimo, conocedle,  
y pasaréis sin peligro, porque os obedecerán.
9. El Señor ha hecho un puente con su Palabra  
y ha pasado con ellos a pie.
10. Sus huellas se mantienen sobre el agua, indestructibles,  
y son como el leño firmemente fijado.
11. De un lado y de otro se elevan las olas,  
pero las huellas de nuestro Señor el Mesías permanecen,
12. y nadie puede borrarlas  
o destruirlas.
13. El camino está para los que pasan con El,  
para los que andan con fe y adoran su nombre.
14. Aleluya.

---

39, 1 arrastran cabeza abajo. (lit.). Otros: titubean.  
 2 pasos. Otros: vados.  
curso. Otros: marcha.  
 7 van. Otros: marchan.

### LOS RÍOS DEL ESPÍRITU

La fuerza del Señor Altísimo es el Espíritu, que desciende como ríos caudalosos para dispensar por efusión la santidad, la vida eterna y las virtudes del alma. Quien se reviste del Nombre del Altísimo recibe la fuerza del Espíritu Santo sobre él (Hch 1, 8), y contempla la lección de armonía que se manifiesta en la Creación entera con dolores de parto para ser liberada de la servidumbre de la corrupción (Rm 8, 21-22). Por el contrario, quien no quiere recibir la corriente de estos ríos, quien se opone a ella, es como si caminara cabeza abajo y será turbado por el dolor y conmovido por la muerte.

En los ríos de virtud, vida y santidad que nacen en la fuente del Espíritu, hay para el hombre una señal que puede ser contemplada con los ojos del conocimiento; y esa señal es el Señor Mesías, el Camino, por el que pasan todo los que tienen fe y andan no en sí mismos, sino en el Nombre. En eso consiste la consumación, en revestirse del Señor, porque El es el puente que lleva a la otra orilla, y hay huellas indelebles del Señor sobre el agua de esos ríos, huellas que no se borran mientras el que busca pasar mantenga firme y fijo el leño en la mirada de su corazón. Según la ley, el hombre solo conoce que es conocido en la misma medida en que él conoce. Por eso dijo el Apóstol: Si uno ama a Dios, ése es conocido por El (1 Cor 8, 3), o también: Cuando conozca de un modo perfecto entonces conoceré como soy conocido (1 Cor 13, 12).

Las olas del mundo no dejan de elevarse mientras dura el latido de la vida mortal, pero una vez se descubre en el corazón la impronta de las huellas del Señor Mesías, las olas pierden violencia y las huellas empiezan a adornar el hogar con su marca de paz y estarán allí incommovibles mientras el corazón no las olvide. Los que andan con pasos de fe y adoran su Nombre, tienen siempre al Señor, que remonta victorioso con ellos los ríos del Espíritu.

---

1. Como fluye la miel del panal de abejas  
y mana la leche de la mujer que ama a sus hijos,  
así mi esperanza está en ti, Dios mío.
2. Como sale de la fuente su agua,  
así brota de mi corazón su alabanza  
y mis labios la expresan.
3. Mi lengua es dulce por sus cánticos  
y por ellos son ungidos mis miembros.
4. Mi rostro exulta en su júbilo,  
mi espíritu se alegra en su amor  
y mi alma brilla en El.
5. En El pone su confianza el que teme,  
pues la redención está en El asegurada.
6. Su herencia es vida inmortal  
y los que la reciben no tendrán corrupción.  
Aleluya

---

40, 3 cánticos. Otros: (lit.), respuestas, antífonas.  
son ungidos. Otros: (lit.), se desarrollan, engordan.  
5 pone. Otros: tendrá.

LA DULZURA DEL SEÑOR

La lengua del aedo se hace dulce al cantar, y no por sus cánticos, sino por la respuesta que reciben del Señor. Todo es como un diálogo antifonal por el que fluye el maná de leche y miel que se hace dulce en su lengua. Sus miembros reciben entonces la unción y dan testimonio de que ya entraron en la tierra buena y espaciosa de la Promesa (Cf. Ex 3, 8).

La esposa: Tú eres hermoso y dulce, Amado mío (Cnt 1, 6).

El esposo: Miel virgen destilan tus labios, esposa, porque hay miel y leche debajo de tu lengua (Cnt 4, 11)

El alma del aedo engrandece al Señor, porque en el amor del Señor tiene ahora alegría su espíritu, según fue dicho:

La esposa: Mi espíritu se alegra en Dios mi salvador (Lc 1, 47)  
Tu voz es dulce y gracioso tu rostro (Cnt 2, 14)

La misericordia del Señor alcanza de generación en generación a todos los que le temen. La fuerza y el cántico del Señor han sido (para el aedo) su salvación (Sal 118, 14), pues como dijo el profeta:

Con la alegría saldréis  
Y en paz seréis retornados (Is 55, 12)

---

1. Alaben al Señor todos sus recién nacidos,  
reciban la verdad de su fe.
2. Sus hijos serán reconocidos por El  
y por eso cantamos en su amor.
3. Nos alegramos en el Señor por su gracia  
y recibimos la Vida por su Mesías.
4. Un día grande ha brillado para nosotros;  
admirable es El, que nos dio su gloria.
5. Unámonos todos en el nombre del Señor  
y honrémosle en su bondad.
6. Brille nuestro rostro en su Luz  
y mediten nuestros corazones en su amor,  
de noche y de día.
7. Exultemos por el júbilo del Señor.
8. Maravíllense todos los que me miran,  
porque soy de otra raza.
9. El Padre de la verdad se acordó de mí,  
El, que me poseyó desde el principio.
10. Su gran abundancia me engendró  
y el pensamiento de su corazón.
11. Su Palabra está con nosotros en todo nuestro camino  
pues el Salvador que vivifica no desprecia nuestras almas.
12. El hombre que se humilla  
es exaltado por su propia justicia.
13. El Hijo del Altísimo se manifiesta  
en la perfección de su Padre.
14. La Luz brilla en la Palabra,  
porque ya desde el principio estaba en ella.
15. El Mesías, en verdad es único  
y fué conocido antes de la fundación del mundo,
16. para vivificar eternamente las almas en la verdad  
de su nombre.  
Un cántico nuevo al Señor de los que le aman.  
Aleluya

---

41.3 Nos alegramos. Otros: Vivimos.

4 gloria. Otros: alabanza

10 Su gran abundancia. Otros: Su opulencia.

13 se manifiesta. Otros: ha aparecido.

14 brilla. Otros: amanece

EL HOMBRE SUPERIOR

Esta oda es el canto de la alabanza de todos los nacidos de lo alto, que ya no son de la raza de los nacidos de la carne, sino del Espíritu, porque todo lo nacido del Espíritu es espíritu (Jn 3, 6).

Estos reengendrados se han hecho hijos de Dios, porque han creído en su nombre (Cf Jn 1,12) y desde el gran día en que fueron reconocidos por El, les dió su gloria y recibieron la Vida, se alegran, unidos, en el nombre del Señor Mesías al que honran por su bondad inagotable. Lo que esperan ahora es que su nuevo rostro de consagrados brille siempre en la Luz y en el júbilo del Señor, y piden a sus propios corazones que no le olviden en su amor.

El aedo, hecho espíritu que da Vida, sabe que desde el principio estuvo en el Padre, poseído por el Padre, cuyo designio generoso le engendró y también sabe que Su Palabra fue su Camino, su Verdad y su Vida, pues fue el Salvador, el que vivificó su alma de hombre primero, natural, de alma vivificada, para que al fin naciera de lo alto. Porque todo hombre que se humilla y se hace siervo del Señor, es exaltado por su propia justicia.

Por último, eleva el aedo al cántico nuevo en el que dice que Todo es uno en Todo; El Hijo aparece en la perfección del Padre, uno con El, pues en su seno está (cf. Jn 1, 18); la Luz brilla en la Palabra, porque la Palabra es la luz verdadera; y el Mesías, el Señor Mesías, preexistente y único, del que todas las Escrituras dan testimonio (Jn 5, 34), es la Cabeza del Cuerpo espiritual del que todo ungido, todo Hombre Superior, bienaventurado y eterno, es miembro en plenitud, o como dice el Apóstol: El Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (Rm 8, 16).

---

1. Extendí mis manos y me aproximé a mi Señor,  
porque la extensión de mis manos es su signo.
2. Mi extensión es un simple leño  
que ha sido colgado en el camino del justo.
3. Fuí innecesario para los que me conocían  
y me escondo de los que no me poseen;
4. pero siempre estaré con los que me aman.  
Murieron todos mis perseguidores,
5. pero me buscaban todos los que esperaban en mí,  
porque estoy vivo.
6. Resucité y estoy con ellos  
y hablo por su boca.
7. Rechazaron a sus perseguidores  
y he puesto sobre ellos el yugo de mi amor.
8. Como el brazo del novio sobre la novia,  
así es mi yugo sobre los que me conocen.
9. Como el tálamo nupcial entre los esposos,  
así es mi amor sobre los que tienen fe en mí.
10. No fui rechazado aunque lo pareció  
y no perecí aunque lo pensaron de mí.
11. El seol me vió y se estremeció  
y la muerte me dejó volver y a muchos conmigo.
12. Hiel y vinagre fuí para ella  
y descendí con ella tanto como era su profundidad.
13. Los pies y la cabeza relajó  
porque no pudo soportar mi rostro.
14. Hice una asamblea de vivos entres sus muertos  
y les hablé con labios vivos para afirmar mi Palabra.
15. Corrieron hacia mí los que estaban muertos  
y clamaron gritos diciendo:
16. Ten piedad de nosotros, Hijo de Dios,  
haz de nosotros según tu benignidad  
y sácanos de las ataduras de las tinieblas
17. Ábrenos la puerta para que salgamos hacia ti,  
pues hemos visto que nuestra muerte no se te aproxima.

18. Seamos salvos contigo, también nosotros,  
porque tú eres nuestro Salvador.
19. En cuanto a mí, oí su voz  
y puse su fe en mi corazón.
20. Coloqué en su cabeza mi nombre,  
porque mis hijos son libres y me pertenecen.  
Aleluya
- 

- 42,3 poseen. Otros: han poseído.
- 4 siempre. (adición).
- 6 Resucité. (lit.) Otros: Me levanté.
- 11 me dejó volver. (lit.): me vomitó, me escupió.
- 13 rostro. Otros: faz.
- 15 estaban muertos. Otros: habían muerto.

SEÑOR MESIAS, SALVADOR NUESTRO

1.- Extiende otra vez sus manos al aedo para una ascensión de su conciencia purificada, la última subida que salmodiará en éstas sus odas sagradas en alabanza del Padre Altísimo. La extensión es para cortar el camino de sus sentidos a todo lo que no es el Señor, y por eso dice que la extensión es su signo, el sello del Señor, que por los efectos obstructores de la extensión es el único que resiste vivo en su conciencia. El leño aparece entonces colgado en el interior del aedo, inundado de luz como señal del camino verdadero de la subida del justo. Otras veces ha mencionado el aedo que extendió sus manos, pero ahora lo dice como prólogo a su oda decisiva y última, y describe la ascensión del alma que práctico, sin saber, tal vez, que éste era el comienzo de su entrada en el misterio de su transformación; de esa transformación y misterio de los que habló el Apóstol:

¡Mirad! Os revelo un misterio,

No moriremos todos, mas todos seremos transformados (1 Cor 15, 51).

2.- Si de la transformación se dice que es un misterio es porque su sentido verdadero no puede ser escrutado mas que cuando es vivido directamente por uno mismo. Como es misterio de transformación, sólo el que es transformado vive el misterio y lo sabe, pero no con sabiduría de este mundo, no vivida, pasada por el intelecto según la versión de otros, cuando estos otros son tomados como autoridad, sino con sabiduría entre perfectos (1 Cor 1, 6), pues en esa perfección deben ser distinguidos los que se transformaron antes de morir y dieron muestras de haber encontrado la fuente misteriosa, escondida, de la sabiduría de Dios.

Es cierto que muy pocos parecen haber encontrado esa fuente de la transformación que consiste en ser perfectamente uno en el Hijo, como el Padre lo es en el Hijo y el Hijo lo es en nosotros (Cf. Jn 17, 22-23). Esta consumación de unidad en la perfección es lo que pidió el Hijo para nosotros en su magna oración sacerdotal que relata el cuarto evangelista, y si la pidió es porque esa perfección de unidad es posible como perfección absoluta, y todo cristiano, si es verdadero, cree en ella y aspira a ella, pues también dijo: Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5, 28).

Su transformación de unidad con el Hijo es lo que canta el aedo en esta oda, y forzoso es advertir que lo que él recitó con sabiduría entre perfectos no va a ser explicado con las débiles herramientas de ignorancia de este mundo que el comentador tiene en sus manos. Pero algo puede ser dicho: lo difícil en cuanto a la transformación de unidad, no es ser uno en el Hijo, sino descubrir que el Hijo es uno en nosotros, porque el Hijo, una vez descubierto, se comporta, por expansión de amor, como la semilla que crece por sí sola y entonces, es el Hijo el que hace la obra con solo que el alma se prostorne y adore con humildad –con negación de sí misma,- al Ser que en verdad ella es. Cuando llega la unidad consumada, ocurre que el Hijo y el que lo ama prosternado son ya perfectamente uno.

3. Muchos cristianos no tienen siempre presente al Cristo preexistente, eterno, que como Palabra de Dios que era Dios y estaba en Dios desde el principio, fué explicado por Juan, no solo como enunciado básico del prólogo de su escrito, sino como médula y nervio total de todo su evangelio. La Palabra, es el Hijo único, que puso su Morada en nosotros y es uno en nosotros y el Hijo está siempre en nosotros, aunque nosotros no estemos en El.

En todo esto lo que hay que tener presente respecto a Cristo, si se quiere entender al anónimo autor de estas odas. Seguidor fiel de Pablo y solidario, al menos en cuanto a fe, con la comunidad joánica de Efeso, el Señor Mesías del que habla y del que se reviste, el Hijo único, uno con el aedo y con el que el aedo se hace uno en la ascensión de su conciencia, pues esa es su transformación, es el Cristo eterno que era Dios y estaba en Dios desde el principio.

4. Algunos estudiosos, sabios del mundo, se sorprenden de que la pasión descrita por el aedo, aparezca en paralelo mitigado con la Pasión explicada para Jesús en los evangelios. Tal vez no se hayan dado cuenta de que la vida de Jesús de Nazaret fue contada en paradigma de la humanidad toda, y los evangelios y, al parecer también Jesús, no perdieron ocasión de recordarnos que todos somos en potencia cristos designados por Dios a experimentar nuestra propia pasión. Así es como la cruz, cruenta o no, nos aguarda para que la tomemos y subamos con ella nuestra amargura; y así es como se nos dice que hay que morir como el grano de trigo, aunque sea todos los días un poco, para dar fruto de vida eterna. La muerte que se nos pide, y esa es nuestra pasión, callada, diaria, humilde, consiste en el difícil proceso interior de negarse a sí mismo. Cuando la negación está cumplida hasta rebasar y somos como nada, entonces podemos ser como muertos retornados a la

Vida, si es que quedan en nosotros fe y amor suficientes para ese viaje. Eso es la resurrección, por la cual, lo que vuelve no es la corrupción en la que fuimos engendrados, sino el Espíritu incorruptible, uno en esencia, si no en persona, con el Hijo. Al Hijo que es uno en nosotros, lo reconocemos entonces como nuestro Salvador, pues se hace pequeño como nosotros para que podamos reconocerle. Entonces aprendemos que trabajó siempre en silencio por nuestra libertad. No teníamos hasta ahora noticia de ello y de ahí que el amor que el nuevo saber despierta en nosotros, nos mueve a ser uno con El, sin olvidarlo jamás, con una estabilidad absoluta.

5. Desde su no poco necia sabiduría del mundo, eso es todo lo que el comentarista puede decir. El aedo, el que alaba al Señor, unas veces dentro y otras fuera de su recipiente de barro, es ya un Hombre Superior, inmortal, invisible, etéreo, que está con los que le aman. Ha resucitado a la Vida y ahora habla por todos los miembros que forman el Cuerpo espiritual del Señor Mesías, pues en todos es uno, como es uno en el Señor Mesías. Dice que la muerte, la de la vida mortal, le dejó volver al Señor. Desde su atalaya de reciente Mesías que vive en el Señor, oye los lamentos de todos los hombres (vv. 16-18), que viven en las tinieblas del mundo y se apiada de ellos porque es uno con ellos y los ama.

Por eso, repite una y otra vez, salmodiándola, la plegaria fundamental y técnica, de su alabanza, para mejor propiciar la ascensión perfecta de su alma:

Yo te alabo y me prosterno ante Ti,  
Oh Señor Jesucristo, Hijo de Dios.

La fe de los cautivos pesa en su corazón y por eso coloca en la cabeza a cada uno de ellos, como corona viva, la estrella o sello de su nuevo Nombre del Señor, que ahora ha recibido por derecho de herencia y unidad.

Luego lo recita todo en alabanza del Señor Altísimo y ese recitado lo extiende para que todos los que clamamos y ahora somos sus hijos libres y le pertenecemos, conozcamos el misterio de la transformación, de esa transformación que ha de llegar a todos pronto; para conocer, por revelación, el Misterio de la voluntad del Padre; para realizarlo en la Plenitud hasta hacer que todo, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra, tenga a Nuestro Señor Jesucristo (al Señor Mesías, Salvador Nuestro), por Cabeza (Cf. Ef 1,9-10).



## ÍNDICE

## INDICE

	<u>Página</u>
Introducción	3
Oda 1	12
1. La Corona	13
Oda 3	14
3. Revestirse	15
Oda 4	16
4. El Lugar Santo	17
Oda 5	19
5. De acción de gracias	20
Oda 6	21
6. Del que lo llena Todo en Todo	22
Oda 7	24
7. El nacido del Espíritu	26
Oda 8	28
8. La ciencia del Altísimo	30
Oda 9	31
9. El Libro de la Salvación	32
Oda 10	33
10. La unidad de los elegidos	34
Oda 11	35
11. El río de agua de Vida	37
Oda 12	38
12. La Palabra	39
Oda 13	40
13. El espejo de la gloria del Señor	41
Oda 14	42
14. Entrar en el descanso de Dios	43
Oda 15	44
15. Victoria sobre la muerte	45
Oda 16	47
16. La hermosura completa de Dios	49
Oda 17	50
17. Maran atha, el Señor ha venido	52

Oda 18	54
18. El Nombre del Altísimo	56
Oda 19	57
19. Dios con nosotros	58
Oda 20	61
20. Sacerdote para siempre	62
Oda 21	63
21. La alabanza	64
Oda 22	65
22. Cristo es la roca	66
Oda 23	68
23. La epístola	70
Oda 24	72
24. El bautismo del Espíritu	73
Oda 25	75
25. El exceso de la mente	76
Oda 26	77
26. El río sin fin	78
Oda 27	79
27. Leño, mástil, cruz	80
Oda 28	83
28. La escisión del alma	85
Oda 29	87
29. El magnificat del aedo	88
Oda 30	89
30. La fuente del señor	90
Oda 31	92
31. Los hijos de la Promesa	93
Oda 32	95
32. La fuerza santa del Altísimo	96
Oda 33	97
33. El rocío de la gracia	98
Oda 34	100
34. La armonía del mundo	101
Oda 35	102
35. La nube	103
Oda 36	104
36. El Hijo del hombre	105
Oda 37	106
37. Los frutos del trabajo	107

Oda 38	109
38. Yo soy la Verdad	111
Oda 39	113
39. Los ríos del Espíritu	114
Oda 40	115
40. La dulzura del Señor	116
Oda 41	117
41. El Hombre Superior	118
Oda 42	119
42. Señor Mesías, Salvador Nuestro	121

El Escorial. 25.8 / 14.10.90 (aparece tachado en el manuscrito mecanografiado)